Gorostiza, Manuel Eduardo de
Indulgencia para todos.




UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

...rología hispano-mahometana). — RODRÍGUEZ ...
STRO, FRANCISCO (*Literatura preceptiva y española*).
y extranjeros). — SBARBI, JOSÉ MARÍA (*Lexicografía*,
TE (*Ciencias físicas y naturales*). — VIGNAU, VICENTE

RADA

las diferentes especies de los reinos animal, vegetal
ura, artes é industrias; retratos de los personajes que
as geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros
tiempos, etc. etc. etc.

EALES

DITORES

Y 811

INDULGENCIA

PARA TODOS.

Comedia original en cinco actos por don Manuel Eduardo de Gorostiza.

MADRID 1818.

EN LA IMPRENTA DE CANO.

Se hallará en la libreria de Gonzalez, frente á la casa de los Gremios.

La lei castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.

ACTO II. SCEN. VI.

Á Anarda.

Por justificar la lisongera opinion que merecí á V. luego que tuve la dicha de conocerla, he deseado que mi nombre saliese de la oscuridad á que le habian condenado mi natural indolencia, y los sinsabores que acompañaron los primeros años de mi juventud. Si algun dia llega aquel á ser pronunciado con aprecio por mis com-

patriotas, á V. solo se le deberá; y por lo tanto permítame V. ofrezca á sus pies este ensayo dramático, como muestra de lo que podré hacer, como prueba irrefragable de mi invariable amistad, de mi respeto, de mi admiracion.

Madrid 1. de agosto de 1818.

Manuel Eduardo de Gorostiza.

PERSONAS.

D. Fermin de Peralta, vecino de una villa de Navarra, y padre de	Sr. Antonio Guzman.
Doña Tomasa, y de	Sra. Agustina Torre.
D. Carlos, amigo de	Sr. Bernardo Avecilla.
D. Severo de Mendoza, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con Doña Tomasa.	Sr. Isidoro Maiquez.
D. Pedro Arismendi, alcalde mayor del pueblo, y amigo de D. Fermin.	Sr. Joaquin Caprara.
Colasa, criada de Doña Tomasa.	Sra. Gertrudis Torres.
Gaspar, criado de D. Severo.	Sr. Santiago Casanova.

242

La Scena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El Teatro representa una sala de la casa de don Fermin, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con algun otro cuadro, &c. y esta sala tendrá dos puertas; una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

La Accion principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del dia siguiente.



ACTO PRIMERO.

Scena I.

D. FERMIN Y D. CARLOS.

D. Fermin.

¿Con que hoi llega?

D. Carlos.

Sí, señor,
hoi mismo, ó miente la carta
que acabo de recibir
de D. Jaime.

D. Fermin.

Su tardanza
me empezaba á dar cuidado.

D. Carlos.

Pues á fé que no me daba

á mi ninguno.

D. Fermin.

¿Y por qué?

D. Carlos.

Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
la menor cosa embaraza,
y detiene y descompone.
Ademas no encuentro tanta
la diferencia. El nos dijo
que llegaria sin falta
el lunes, y llega el martes.

D. Fermin.

Ya se ve. Con la cachaza
que gastan los mozalvetes
ahora, nada importa nada.
Lunes dijo; y llega martes:
lo mismo es.

D. Carlos.

La cuenta es clara.
De todos modos un dia
mas ó menos.....

D. Fermin.

Hombre, calla
con Barrabás, y no digas
disparates. Que el que viaja

por interés ó capricho
se engañe en su cuenta, vaya
con mil diablos; pero un novio
á quien espera la blanca
mano de una doncellita,
por fin y postre, ¿no es gaita
que se venga equivocando
á la primera jornada?

D. Carlos.

A veces......

D. Fermin.

Nunca hai disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
debe conocer al menos
el almanaque.

D. Carlos.

Tomasa
no juzgará ciertamente
á su novio con tan rara
severidad.

D. Fermin.

Que lo juzgue
como quiera. Todo cambia,
y en todo hai moda. Por eso
no estrañaré que á tu hermana
le parezca una lindeza,
lo que en mis tiempos bastaba

para aguar mas de mil bodas.

D. Carlos.

Ya tenemos en campaña
aquellos benditos tiempos.

D. Fermin.

No que no. Si fuera chanza....
Por mucho menos tu tia
Doña Leonor de Peralta
y Quincoces dió á su novio
unas sendas calabazas,
sin mirar que era marques,
y rico, y tonto.

D. Carlos.

¡Ai que es nada
lo del ojo! Y diga vmd.
¿por qué hizo tal mogiganga
la buena doña Leonor?

D. Fermin.

Yo lo diré; pues me hallaba
precisamente en la iglesia
cuando el caso. Todo estaba
preparado: el organista
en su puesto: las arañas
encendidas: los chiquillos
á la puerta, y las tapadas
mui cerquita de la novia
para ver si se cortaba.

Solo en fin, faltaba el cura
para casarlos.

D. Carlos.

Pues falta
era.

D. Fermin.

No tanta, que estuvo
la cosa mas apurada
de lo que á ti te parece.
El sacristan era rana,
no lo niego, y aun el mejor
tabernero de Navarra,
segun dijeron entonces;
pero él solo fue la causa
de todo, con las mejores
intenciones, y las mas malas
resultas que puede haber.

D. Carlos.

La intencion siempre le salva.

D Fermin.

Sí; pero ¿á quien se le ocurre,
sin esperar á que salga
el cura, y por abreviar
y pillar pronto las tarjas,
el decir á novio y novia
que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,

á fuerza de amor, estaba
como estan todos los novios,
sin saber lo que les pasa,
ni lo que hacen, y por dar
la mano derecha, alarga
la zurda, y zas, mi marques
equivoca la estocada.

D. Carlos.

¡Oiga y qué lance!

D. Fermin.

Tu tia
era mui buena. Una santa
casi, casi; pero en punto
á el honor mui delicada.
Asi, ó porque tuvo agüero,
ó porque le diese rabia
al ver que todos riyeron
del marques la borricada,
lo cierto es, que una congoja
le dió alli mismo tan larga,
que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterraran
dispuso ya.

D. Carlos.

¿Y se enterró?

D. Fermin.

No; porque como esperanzas

nos diera el sepulturero,
quisimos ver si acertaba,
y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ai Carlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
dijo que no se casaba,
y no se casó, no hai mas,
que no se casó.

D. Carlos.

Pues basta,
y sobra cuanto habeis dicho
para probar que se amaba
de otro modo en vuestros tiempos;
pero padre, está mi hermana
en un caso mui distinto
que su tia. Si el novio tarda,
ignoramos los motivos.
Dejad que llegue, y la causa
sabremos.

D. Fermin.

Lo que te digo
es, que entonces no escapára
tan ahinas.

D. Carlos,

Señor, entonces
una mula se encojaba
con igual facilidad
que ahora. Tambien en posadas

quedaban trasconejados
gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompia,
si un zagal se emborrachaba,
como se rompen y aturcan
los presentes; si en España
no se andaba por los aires,
dígole á vmd.....

D. Fermin.

Que me cansas,
y me secas y fastidias:
basta ya por Dios Colasa?

Colasa.

¿Señor? *desde adentro.*

D. Carlos.

Otras son las cosas
que á mi me asustan.

D. Fermin.

¿Qué?

D. Carlos.

Nada.

D. Fermin.

Vaya, dilo, no me vengas
ahora con medias palabras
á guisa de covachuelo.

D. CARLOS.

Pues, señor, no es la tardanza,
que es el genio de mi amigo
el que solo me acobarda:
su genio, su poco mundo,
su austeridad, su....

D. FERMIN.

¿Muchacha? *llamando.*
esta maldita está sorda.

SCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

COLASA.

¿Mande vmd.?

D. FERMIN.

¿Dónde te hallabas,
diablo, que siempre es preciso
desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!
despues que estoi todo el dia
hecha un azacan, regaña
vmd.

D. Fermin.

Muger, no es reñir,
es preguntar donde estabas,
y qué hacias.

Colasa.

Limpiar el cuarto
del huesped, hacer la cama,
y tenerlo todo pronto
para cuando llegue.

D. Fermin.

Braba
mozuela. Y díme, ¿qué colcha
has puesto?

Colasa.

¡Toma! la blanca
de damasco.

D. Fermin.

Te confieso
que temí no le encajaras
la de filipichi.

Colasa.

Bueno
hubiera sido.

D. Fermin.

Y la tohalla,

el espejo, la escobilla,
el jarro y la palancana,
¿está todo en su lugar?

COLASA.

Todo está.

D. FERMIN.

Pues ahora, marcha,
y clávate en el balcon,
sin andar en garambainas,
ni muecas con el herrero
de enfrente; y avisa, Colasa,
en sonando campanillas.

COLASA.

Para autorizar las casas
nunca hace falta una mona,
en tanto que haya criadas.

D. CARLOS.

Ya está aqui nuestro D. Pedro.

D. FERMIN.

Qué D. Pedro ó calabaza?

D. CARLOS.

Toma! el alcalde mayor.

Scena iii.

D. PEDRO Y DICHOS, menos COLASA.

D. Fermin.

¡Jesus, qué milagro! vaya,
no esperaba tan temprano
á vmd.

D. Pedro.

Vmd. es la causa
amigo.

D. Fermin.

Pues me lo cuelgo
con gusto.

D. Pedro.

Anoche quedaba
vmd. con tal impaciencia
por su yerno, que....

D. Fermin.

Mil gracias;
mas ya salí del cuidado.

D. Pedro.

¡Ola!

D. Fermin.

Si señor. La carta
que veis es de aquel D. Jayme,
un hidalgo de Tafalla,
que antes fué torero..

D. Pedro.

¿Aquel
que vive en la misma plaza
entre el cura y la botica?

D. Fermin.

El mismo que viste y calza.

D. Pedro.

¿Y que dice el buen hidalgo?

D. Fermin.

Dice que durmió en su casa
antes de anoche mi yerno,
y que hoy llegará sin falta
á la tardecita.

D. Pedro.

Sea,
pues que tanto se deseaba,
mil veces enhorabuena.

D. Fermin.

Mucho, en verdad, me alegrara

si ya estuviese hecho todo,
porque á lo menos me ahorraba
de camorras.

D. Pedro.

¿Que camorras?
en cosa ya tan tratada,
y que tanto os acomoda,
no se debe hablar palabra,
y dejar obrar al tiempo.

D. Fermin.

Pues ahi verá vmd. Acaba
ahora mismo el señor mio
de volver á las andadas,
y repetir cuanto dijo
anoche.

D. Carlos.

Si me dejara
vmd. hablar....

D. Fermin.

¡Dios nos libre!

D. Carlos.

La ventura de mi hermana
la encuentro comprometida:
ella será desgraciada
sin duda. Siempre lo dije,
y lo diré mientras haya

remedio.

D. Fermin.

¿Pues tú no fuistes,
hijo ó demonio, la causa
de saber yo que existia
tal hombre? ¿No le alababas
á troche y moche? ¿Te acuerdas
cuando fui por tí á Vergara,
qué pesado y qué chinchoso
estuvistes con las raras
prendas, y torna las prendas,
y el talento, y la motriaca
de tu amigo, hasta obligarme
á que le viese y tratara?
Y entonces ¿de que te admiras
si me gustó? ¿porque estrañas,
que no siendo un pelagatos
ademas, para Tomasa
le haya escogido? Su padre,
que se casó en Salamanca,
siendo joven y estudiando
lo que alli enseñan, gastaba
coche, y era un caballero
á quien yo traté en mi imfancia,
y con quien siempre seguí
correspondencia por cartas.

D. Carlos.

Lo mismo que dije entonces,
repito ahora; y si palabra

me da vmd. de no enfadarse,
esplicaré lo que llama
en mi una contradicion.

D. PEDRO.

Oigámosle. *á D. Fermin.*

D. FERMIN.

¿Si? pues charla
cuanto quieras, hijo mio;
te concedo carta blanca.

D. CARLOS.

D. Severo de Mendoza
es un hombre á quien la sabia
naturaleza ha tratado
con tal indulgencia y tanta
prodigalidad, que apenas
se encuentra entre las humanas
ciencias, una, no que ignore,
sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicacion
y lectura: su estremada
facilidad para cuanto
quiere aprender, y que allana
en su favor los escollos,
que á tantos detienen, causan
verdadera admiracion.
Yo le conocí en Vergara,
en donde de Humanidades
la cátedra profesaba,

y en donde tuvo principio
la amistad que nos enlaza;
su figura es agradable,
su corazon noble; se halla
en aquella edad preciosa
en que ya desenrolladas
nuestras facultades, pueden
realizar sus esperanzas.

D. Pedro.

¿Qué edad tiene?

D. Carlos.

Treinta y cinco.

D. Fermin.

Si, sin lo que anduvo á gatas.
El año de ochenta y cuatro...

D. Carlos.

En fin, una sola mancha
desluce cuadro tan bello,
y un defecto es el que se halla
en él.

D. Fermin.

¿Y cual?

D. Carlos.

No tener
ninguno.

D. Fermin.

¡ Miren que tacha!

D. Carlos.

Aun mas de lo que os parece,
que la propia desconfianza
es solo quien nos inclina
á escusar agenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
que le sujetan ó arrastran,
que le empujan ó detienen,
que le humillan ó levantan:
el interes, la opinion,
las pasiones exaltadas,
los encontrados deberes,
las distintas circunstancias
en que cada cual se encuentra,
son otras tantas borrascas
donde el piloto mas diestro,
sino perece, naufraga.
Y bien, ¿cómo exigiremos
indulgencia y tolerancia
de quien jamás ha sufrido,
de quien ignora las varias
vicisitudes que afligen
nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
del novio. Desde su infancia
fué conducido al colegio;
allí dió tanta esperanza,

sus progresos fueron tales,
que sus mismos camaradas,
y los profesores mismos
vencieron su desconfianza,
y le obligaron á que
se opusiese á la espresada
cátedra en lugar de irse
con su padre á Salamanca,
como quiso: hace, en efecto,
esta oposicion, la gana,
y desde entonces gustoso
se dedica á la enseñanza
de aquellos que poco antes
sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
esta rápida mudanza
para sus inclinaciones:
desde su estudio á las áulas,
desde su casa al colegio
su vida entretiene y pasa
sin mas trato que sus libros;
y aquesta pasion le aislara
de suerte que desconoce
el suelo que pisa. Su alma
engañada, enardecida
por lecturas exaltadas,
otra existencia se crea
tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo:
las virtudes celebradas
de sus hijos, son las solas

que le admiran y le inflaman:
con él no hay medio: á su lado
no se disimula nada;
y merece su desprecio,
sino vive á la Espartana
el que le quiere tratar.

D. Fermin.

¿Y qué consecuencia sacas
de toda esa relacion
de méritos?

D. Carlos.

Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
sino por libros, quien trata
de encontrar en cada hombre
un Caton, mucho se engaña
á sí mismo, y mil pesares
para los demas prepara.
La perfeccion está lejos
de nosotros por desgracia;
y el que se juzga perfecto,
mal podrá sufrir las trabas
que el lazo social impone,
ni tolerar con cachaza
de una muger los caprichos,
de un amigo la inconstancia,
de un hijo los devaneos,
ó de un suegro la acendrada
impertinencia.

D. Fermin.

Pues, mira,
pienso que esos alpargatas
que dices, no dejarian
de tener una manada
de chiquillos, como tiene
cualquiera que ahora se casa;
y no ostante...

D. Carlos.

Es que la historia
nos recuerda las hazañas;
pero no las peloteras,
que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
y en Madrid acostumbrada
al buen trato y diversiones,
no me parece muy árdua
empresa pronosticar
que no será afortunada,
teniendo siempre á su lado
un Censor, que la eche en cara
hasta lo mismo que forma
la existencia de una dama.
Tal es mi opinion. Vmd.
hacer podrá de su capa
un sayo, nada me importa,
pues cumplí con la sagrada
obligacion que tenia.

D. Fermin.

Señor D. Pedro de mi alma,
¿no es verdad que cuanto dice
este mozo es una sarta
de desatinos?

D. Pedro.

No tal.
Las reflexiones que acaba
de manifestar D. Carlos
antes bien son muy sensatas.

D. Fermin.

¿Qué dice vmd?

D. Pedro.

Lo que digo:
que no arriendo la ganancia
á Tomasita, si el novio
es tal cual nos le retrata
su hermano.

D. Carlos.

Nada pondero.

D. Pedro.

¿Y á Tomasita le agrada
ese caracter adusto? *á D. Fermin.*

D. Fermin.

No lo sé; pero apostara

á que sí; pues ella y todas
lo que quieren es casaca.

D. PEDRO.

¿Se conocen?

D. FERMIN.

No se han visto
jamás.

D. PEDRO.

Y la repugnancia
de su hermano ¿no la asusta?

D. FERMIN.

Como está bien educada,
nunca tuvo voluntad
propia.

D. PEDRO.

¿O á manifestarla
no se atrevió nunca? Amigo,
vamos claros: la muchacha
puede que felice sea;
pero boda cimentada
sobre bases tan endebles,
promete cortas ventajas.

D. FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio
tiene el asunto? Avisada

ya la parentela, escrito
al tio sumiller, las galas
compradas, y en casa...... vamos,
no es posible. Campanada
igual ni un negro la diera.

D. Pedro.

Tampoco se desbarata
con esa facilidad
un lazo, en que interesadas
estan dos nobles familias.
Asi, pues, yo aconsejara
se ensayase solamente
un medio.....

D. Fermin.

¿Alguna demanda
ante el Vicario?

D. Pedro.

No es eso.

D. Fermin.

Pues lo que es ir á la sala
no me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
de tal modo con la guerra....
luego, ya vé vmd. las cargas
que se pagan, el granizo
que sufrimos por Marzo.

D. Pedro.

Anda!
ya escampa y llueven guijarros.
No, D. Fermin, no se zanjan
tamañas dificultades
con pleitos, y aquel que trata
de componer un asunto
de familia sin jaranas
ni ruidos, nunca conviene
que empieze rompiendo lanzas.

D. Fermin.

Pues eso quise decir.

D. Pedro.

Ahora bien, yo me inclinara
á que inventásemos juntos
un buen ardid, que de chanza
tuviese el nombre, y que fuese
una leccion que enseñara
á ese filósofo grave,
que todos á igual distancia
estan de la perfeccion,
y qué......

D. Fermin.

Ya estoy. Vmd. trata
de que cayga de su burro,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Pues.

D. FERMIN.

Y de que abra
los ojos, y reconozca
que él es de la misma pasta
que su padre y que su madre,
¿no es asi?

D. PEDRO.

Cabal.

D. FERMIN.

Pues basta,
corre de mi cuenta.

D. PEDRO.

¿Cómo?

D. FERMIN.

Lo dicho, dicho. Mañana
estará mas blando el hombre
que una breba.

D. PEDRO.

Pero.....

D. FERMIN.

Nada:

fiese vmd. en mí. Se hará,
y vmd. me dará las gracias.

D. Pedro.

Pero, en fin, sepamos cómo.

D. Fermin.

Mañana al romper el alva
tomo la mula, y me voy
al convento de las Claras.
Conozco allí al Capellan,
que es un piquito de plata,
todo un hombre, que estuvo
consultado por la Cámara
para una racion en Ceuta;
y á saber donde se hallára
en el dia, si el no la hubiera
renunciado; pero, vaya,
lo que el dice: vale mas
servir con mucha eficacia
media docena de madres,
que agradecen y que pagan,
que no meterse en cabildos.

D. Pedro.

Al grano por Dios.

D. Fermin.

Cachaza,
que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza

entera la deposito
en la prudencia, en la lábia
de este docto Sacerdote;
que lo traeremos á casa,
y en dos ó tres encerronas
le pondrá como una malva.

D. Pedro.

¡Ay, D. Fermin! y cuán poco
conoce vmd. nuestra humana
flaqueza! vmd. se figura
que se curan con palabras
los ridículos, los vicios
que la educacion arraiga
en nosotros? Vmd. piensa
que una obra cimentada
por el tiempo y la costumbre,
se destruye ó desbarata
con retóricos discursos?
Pues no, amigo, vmd. se engaña.
El hombre es tan material,
que para que se persuada
de un error, es fuerza que antes
se enteren y satisfagan
los sentidos; que lo toque,
que lo vea, que la acerada
espuela del desengaño
sienta, y sufra......

D. Fermin.

Con qué ¿nada

aprovecha un buen talento?

D. Pedro.

¿Quién dice que no? El acaba
la conversion, apreciando
las ventajas que se ganan,
y los riesgos que se evitan.

D. Carlos.

Es el cachetero.

D. Fermin.

Calla.

D. Pedro.

Ejemplos y no sermones
es mi receta.

D. Fermin.

Pues caigan
mas ejemplos sobre el novio,
que pelos quiere una calva,
y amigos tiene un ministro.

D. Pedro.

¿Con que vmds. me dan ámplias
facultades?

D. Fermin.

Si señor.



D. Pedro.

Pues, amigos, oid mi traza,
La escalera de la vida
está con jabon untada,
y el que baja mas confiado,
si se descuida, resbala,
y da con su cuerpo en tierra
como los demas: se trata,
me parece, de que el novio
dé tambien su costalada,
para que luego no riña
á los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
de trecho en trecho; y si baja
él tropezará.

D. Fermin.

Asi sea;
pero temo que la trampa
llegue á conocer, la evite,
y despues á carcajadas
se burle y mofe de todos.

D. Pedro.

No tal, que nadie se escapa
sin su chichon en la frente
al menos.

D. Fermin.

¿Y si pesada

le pareciese la burla,
y se picase?

D. Pedro.

Si alcanza
la medicina, no importa
que nuestro enfermo al tragarla
se queje un poco; que luego
sano, nos dará las gracias;
y sino alcanza, tampoco
importa un pito; pues clara
prueba será que su mal
no tiene cura.

D. Fermin.

Pues nada
nos detenga.

D. Pedro.

Principiemos
por decirle, que Tomasa
no está en casa; y el papel
de una joven desgraciada
y sensible podrá entonces
representar la muchacha.

D. Fermin.

¿Con qué fin?

D. Pedro.

Yo lo diré

SCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

Señor, señor?

D. FERMIN.

¡Que embajada
será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan
ya.

D. FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya estan en la plaza.

D. FERMIN.

Pronto, pronto, la peluca,
dadme los guantes, la caña
y el sombrero.

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. Fermin.

¿No es fuerza, pues, que yo salga
á recibirle?

D. Pedro.

Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
proyectada, deberemos
primero sus circunstancias
comprehender, y repartir
los papeles.

D. Fermin.

¿Dónde?

D. Pedro.

¡Braba
dificultad! En cualquiera
parte, aunque sea en la cuadra:
el caso es que nos juntemos.

Colasa.

(Intendenta, comisaria,) *á D. Fermin.*
¿no oye vmd. cómo vocea
el mayoral?

D. Fermin.

La sala *á D. Pedro.*
que ocupaba el alojado,
será buena?

D. Pedro.

Soberana,
vamos á ella.

Colasa.

¿Y yo que digo
si se me pregunta?

D. Fermin.

Nada;
qne las mugeres no dicen
poco cuando estan calladas.

Colasa.

¿Y he de callar siempre?

D. Fermin.

Siempre.

D. Pedro.

Vamos.

D. Carlos.

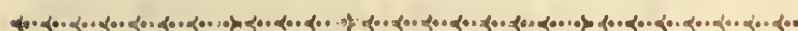
Presto.

Colasa.

A la ventana
me vuelvo, que quiero ver
si aprisa ó despacio baja,
si entra con el pie derecho,

si estornuda ó si se rasca;
pues son dignas de notarse
las menores circunstancias
en un hombre tan valiente,
como el guapo que se casa.





ACTO SEGUNDO.

Scena primera.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
nuestro moro ya en campaña,
y su porte y su presencia
son, á la verdad, gallardas;
pero á mi ¿qué se me dá?
¡Por cierto que es de importancia
el papel que se me ha dado!
¡Que insulsez! ¡Ay! si me enfadan,
les he de pedir á gritos
me pongan una mordaza;
porque sino...... ¡qué se yo!
mala es la fruta vedada

para las hijas de Adan,
y á fe que hay muchas manzanas.
¡Callar yo! Si sueño á gritos,
cómo dispierta...... ¡que rabia!
porque charlar me dejasen,
les diera ahora mi soldada
de este mes. Luego este novio
es fuerza traiga una gana
de conversacion...... cual todos.
Querrá hacerme la confianza
de su pasion, los temores
que le asustan, la esperanza
que le anima, sus deseos,
sus sacrificios, sus ansias,
con toda la letania
que rezan los que se casan,
sin conocer del oficio
las quiebras...... y yo ¿una estatua
estaré sin responderle,
ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mia.
Ya suben: vamos, Colasa,
ojo alerta, y no digamos
nada que un comino valga,
y pueda comprometer;
pero sí, medias palabras,
y aun enteras, siempre que
sean palabras cortesanas;
pues dicen son muy lucidas,
y de muy poca sustancia.

Scena II.

D. SEVERO, GASPAR Y DICHA.

D. Severo.

Lo dicho, dicho, Gaspar. *á Gaspar.*
Niña ¿es vmd. de la casa? *á Colasa.*

Colasa.

Si señor, soy la doncella
que hay en ella.

D. Severo.

Pues bien, haga
vmd., si gusta, el favor
de anunciarle mi llegada.

Colasa.

¿A quien?

D. Severo.

A su amo de vmd.

Colasa.

¿No mas?

D. Severo.

¿Y qué mas?

Colasa.

No gasta *ap.*

el hombre mucha saliva.
Si las señas no me engañan,
no me costará ya tanto
callar, como imaginaba.

Scena III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. Severo.

Y bien, ¿por qué te detienes?

Gaspar.

Señor, por santa Susana
bendita, vmd. reflexione,
que yo...... si......

D. Severo.

En vano te cansas:
toma tu maleta y busca
otro amo.

Gaspar.

Pero......

D. Severo.

Escusadas,
para genios como el mio,
son todas esas plegarias.

Marcha.

GASPAR.

Diez años comí
pan de vmd. y asi se pagan......

D. SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

D. SEVERO.

El que sirve mal, poco ama
al dueño que le mantiene.

GASPAR.

En fin, Señor, una faltà
solo en diez años merece
que vmd. me eche de su casa?

D. SEVERO.

Quien hace un cesto, hace ciento.

GASPAR.

¿Y que hice yo para tanta
crueldad?

D. SEVERO.

Una vagatela,
á la primera jornada

volverte y dejarme solo
sin avisarme.

GASPAR.

La causa
la sabe usted.

D. SEVERO.

Y es muy justa:
¡Que! Dejarme en la estacada,
por una muger......

GASPAR.

No hay tal,
y yo no soy tan batata,
que por mugeres faltase
á mi obligacion.

D. SEVERO.

Repara
en que me dijiste anoche
lo contrario.

GASPAR.

¿Yo?

D. SEVERO.

Tú.

GASPAR.

Flaca

memoria tiene vmd.

D. Severo.

¡Cómo!
¿Con que no fue por Olalla,
la chica del Sacamuelas
por quien volviste?

Gaspar.

¡Caramba!
¿Pude acaso, despedirme
antes de ella?

D. Severo.

¡Habrá tal mandria!
¿Con que fue por ella?

Gaspar.

Si.

D. Severo.

¿Y Olalla no tiene faldas?

Gaspar.

Si tiene; pero es mi novia,
y hay muchisima distancia
de una cosa á otra

D. Severo.

¡Por vida!

Ya mi paciencia se acaba.
¿ No es lo mismo una muger
que una novia?

GASPAR.

Vaya vaya
con que es lo mismo?

D. SEVERO.

Si tal.

GASPAR.

¿ Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

¡ Vanas
sutilezas! Salte afuera.

GASPAR.

¿ Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

Marcha,
te digo.

GASPAR.

¿ A que no responde?
¡Oh razon, lo que tu alcanzas!
pues reduces al silencio
á los mismos que nos pagan?
pero por si acaso, voy

á implorar con eficacia
el favor de D. Fermin:
que tal vez podrán mis lágrimas
enternecerle: él es suegro,
pero es hombre y tiene entrañas.

SCENA IV. (1).

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

Bueno fuera pese á tal
que asi al deber se faltase,
y uno luego se escudase
con la causa de su mal:
no, señor, el criminal
cuando alhaga su cadena,
á sí mismo se condena,
y pues no tiene disculpa,
ya que cometió la culpa,
que sufra tambien la pena.
El alazán corredor
halla incómoda barrera
que le corta su carrera,
que inutiliza su ardor:
brama al verla de furor,
tasca el freno, su atrevida
mano hiere la endurecida

(1) *Toda esta scena se suprimió en la representacion, por parecer demasiado larga la comedia.*

tierra; pero él se detiene,
y su ginete previene,
por si acaso espuela y brida.
Asimismo la pasion
tambien encuentra barreras,
que establecieron severas
ya le lei, ya la razon;
que una vez á la opinion
ó al capricho se permita
despreciar lo que limita
nuestro humano desenfreno,
y si hallasen hombre bueno
pueden ponerle en su ermita.
La indulgencia es flojedad;
la tolerancia simpleza,
que indican mucha torpeza,
ó mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
compadezco al desgraciado;
pero si encuentro un culpado
por criminal ó por necio,
le doi solo mi desprecio,
y sale mui bien librado.

SCENA V.

D. CARLOS. Y DICHO.

D. CARLOS.

¡Severo!

D. SEVERO.

¡Carlos!

D. CARLOS.

¡Por vida
de sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estas?

D. SEVERO.

Como quien viene
á realizar la esperanza
de su dicha. ¿Y tú?

D. CARLOS.

Mas gordo
que un necio.

D. SEVERO.

¿Y tu buen padre?

D. CARLOS.

Anda
con el cachican á vueltas:
ya vendrá. Que ¿por Tomasa

no me preguntas? Mui tibio
traes el cariño.

D. Severo.

Esperaba,
si te he de decir verdad,
que su vista me escusara
tal pregunta.

D. Carlos.

Pues no, amigo,
porque la pobre muchacha
no puede estar en dos partes.

D. Severo.

¿Cómo?

D. Carlos.

Desde la semana
pasada está en el convento
donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
á santa Rita de Cásia,
y fue fuerza darla gusto.

D. Severo.

¿Y qué le pide á esa santa
abogada de imposibles?

D. Carlos.

¿Qué se yo? Pero apostara
á que pide un buen marido;

que una muger no repara
en gollerias.

D. Severo.

Segun veo,
tú siempre el mismo humor gastas,
y á fé que bien te lo envidio.

D. Carlos.

¿Qué se ha de hacer? No se saca
otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?

D. Severo.

Si es que tú llamas
seriedad á no gustar
de juveniles borrascas,
ni de locos devaneos,
verdad es.

D. Carlos.

Hombre, ¡qué guapa
pareja hicieras con Flora!

D. Severo.

¿Con quién?

D. Carlos.

Con Flora.

D. SEVERO.

Y esa dama
¿quién es?

D. CARLOS.

Mi novia.

D. SEVERO.

¿Tu novia?

D. CARLOS.

La misma: pues que, mi hermana
sola ha de ser quien se case?

D. SEVERO.

No por cierto, y si lograras
buena eleccion, bien hicieras.

D. CARLOS.

¡Oh! lo que es eso estremada,
pues la joven es preciosa.
No merezco descalzarla,
ya ves, y no soi del todo
mal pellejo.

D. SEVERO.

Tu la ensalzas
sobremanera.

D. CARLOS.

Es justicia.

Lo que es de la Iglesia al papa,
y no mas. En fin, tú pronto
podrás, si quieres, juzgarla,
que no está lejos.

D. Severo.

¿Pues dónde?

D. Carlos.

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
lo será luego.

D. Severo.

Ignoraba
que tal parienta tuvieses.

D. Carlos.

¡Jesus! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tio
D. Sempronio de Peralta,
que siendo oidor de Sevilla,
pasó luego á la otra banda,
y alli murió?

D. Severo.

No me acuerdo
de tal D. Sempronio.

D. Carlos.

¡Vaya!

¿Con que no te acuerdas?

D. SEVERO.

No.

D. CARLOS.

Lo siento.

D. SEVERO.

Haces mui mal.

D. CARLOS.

¡Lástima
como ella!.... morirse el pobre
apenas pasó la charca,
y antes de hacer pacotilla,
dejando solo á su amada
Florita por dote un loro,
un coco vacio, dos cajas
de azucar, cien apellidos,
y muchos miles de trampas.

D. SEVERO.

¡Rica herencia de un indiano!

D. CARLOS.

Pero padre que idolatra,
como buen navarro, á todos
sus parientes, pronto á casa
la trajo, donde dispuso
casarme con ella, y trata

de que mi boda y la tuya
se celebren juntas.

D. Severo.

¡Cuánta
no debe ser tu alegria,
oh Carlos, con la fundada
esperanza de que pronto
harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
y congenia, y....

D. Carlos.

Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
el hallar en media España
dos genios mas encontrados
que los nuestros.

D. Severo.

¿Y te casas?

D. Carlos.

Sí.

D. Severo.

Pero ¿tienes certeza
que no te quiere?

D. Carlos.

En mis barbas

ella misma me lo ha dicho.

D. SEVERO.

?Y te casas?

D. CARLOS.

Sí. .

D. SEVERO.

¡Caramba,
y qué valor!

D. CARLOS.

Si ha de ser,
lo mismo es hoi que mañana.
Padre exige que me case,
yo no tengo repugnancia
al estado.....

D. SEVERO.

Ya lo veo.

D. CARLOS.

Ademas, he visto tantas
que me juraban cariño,
y entonces me la pegaban,
que ¿quién sabe si mi Flora
tendrá, al fin, la estravagancia
de adorarme? Ella es muger
y yo soi hombre.

D. Severo.

Mil gracias
por la noticia.

D. Carlos.

Pues mira,
en estas dos circunstancias,
y con la ayuda del tiempo
fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
riñen pronto, se separan,
y cuando mas, la amistad
suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
tarde ó temprano se igualan,
es fuerza que me concedas
llevo á todos la ventaja
de empezar por donde siempre
ellos concluyen.

D. Severo.

¡Qué ganga!

D. Carlos.

Yo me caso como juego:
pienso perder cuantas cartas
apunto, las pierdo, ¡bueno!
otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
me trago banquero y banca;

que solo soi jugador
de bonitas, y quien gana
con ellas, gana dos veces
si logra provecho y fama.

D. Severo.

Si tal concepto tuviese
del bello sexo, me ahorcaba
primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgara
al capricho de un buen dado
mi dicha, la de mi casa,
la de mis hijos.... ¡Oh! nunca,
nunca jamas me casara
si tal creyese. Yo busco
para mi esposa en tu hermana
una muger cariñosa,
amable, fiel, moderada;
una madre de familias
en el cumplimiento exacta
de los inmensos deberes
de su estado, una apreciada
amiga, cuyo consejo
me dirija, y cuya sana
doctrina pueda servirme
de norte, por fin, un ama
de casa, que cuidadosa
sepa dar á tanta máquina
el impulso conveniente.
Esto busco.

D. Carlos.

Dime, ¿y si hallas
en vez del melon que buscas
una insulsa calabaza,
qué tal?

D. Severo.

Se indigestaria.

D. Carlos.

Pues por si fuesen mal dadas
compra jarave de altea,
y tenlo á mano.

D. Severo.

¡Qué gracia!

D. Carlos.

Segun eso, tú no apruebas
mi eleccion?

D. Severo.

¿Quién? ¿yo aprobarla?
ni por pienso.

D. Carlos.

Pues, Severo,
si supieras lo que falta....

D. Severo.

Pero hombre ¿qué faltar puede?

D. CARLOS.

No es tampoco una cosaza
del otro jueves: simplezas,
ó si tú quieres niñadas
de mi novia.

D. SEVERO.

Y bien, tu novia....

D. CARLOS.

Mi novia está enamorada.

D. SEVERO.

¿De tí?

D. CARLOS.

No por cierto.

D. SEVERO.

Alabo
la frescura.

D. CARLOS.

¿Importa nada?

D. SEVERO.

Nada, pues tú te conformas.

D. CARLOS.

¿Y quieres que me asustara

de una simple niñeria?
No por cierto. Flora estaba
por san Fermin en Pamplona...

D. Severo.

¿Este año?

D. Carlos.

Sí, este año.

D. Severo.

¡Calla!
Y yo tambien: sigue, sigue.

D. Carlos.

Alli en la calle, en la plaza
de toros, ó en el paseo,
(no sé bien donde se hallaba)
pero lo cierto es que vió
un hombre, cuya bizarra
presencia, cuya finura
y porte la enamorara.
Desde entonces tan galan
Belianis no se separa
ni un instante de su idea,
y le ha jurado constancia
eterna, bien que mental,
y un si es ó no es temeraria,
porque ni sabe su nombre,
ni su estado, ni su estancia,
ni su genio, ni siquiera

si él echó de ver la llama
amorosa que encendió
su simple vista en mi amada.

D. SEVERO.

¡Estraño caso!

D. CARLOS.

Antes no:
sino le habló una palabra
en su vida, cómo diablos
puede saberlo?

D. SEVERO.

Me pasma
semejante idolatria.

D. CARLOS.

Y ahora bien, ¿es cosa estraña
no tema yo tal rival?

D. SEVERO.

No es temible, mas repara
que este hecho, sin embargo,
siempre indica que exaltada
y novelesca tu Flora
es un poco estrafalaria,
¿En qué cabeza, di Cárlos,
que esté un poco organizada
puede caber tal amor?

D. Carlos.

En la de mi Flora se halla:
¡ha leido tanta novela!...

D. Severo.

¡Malo!

D. Carlos.

¡Ah! no: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
pero es mui aficionada
á los librotes de historia.

D. Severo.

Eso es distinto.

D. Carlos.

Se pasa
las noches de claro en claro
leyendo á nuestro Mariana,
cuando no son los anales
de Tácito ó la Farsalia.

D. Severo.

¡Ola! Pues sabrá latin?

D. Carlos.

¿Latin?

D. Severo.

Pues.

D. Carlos.

Si sabrá, vaya,
al menos el que sabian
las madres de santa Clara
cuando estuvo en su convento.

D. Severo.

¿Luego estuvo con Tomasa?

D. Carlos.

Precisamente. Si son
uña y carne.

D. Fermin.

Carlos? *desde adentro.*

D. Carlos.

¡Gracias *aparte.*
á Dios, que va no podia
mentir mas! Mi padre llama,
y es fuerza ver lo que ordena:
mas ya sale.

SCENA VI.

D. FERMIN, D. PEDRO Y DICHOS.

D. SEVERO.

Ya tardaba
á mi impaciencia, señor,
la hora tan afortunada
de estrecharos en mis brazos.

D. FERMIN.

Apriete vmd. buena alhaja,
que bien tiene que apretar,
si á fuerza de brazos trata
de pagarme mi cuidado.
¿Es hoi lunes?

D. SEVERO.

Mi tardanza
fuera en verdad reprensible,
á *no* ser involuntaria.

D. FERMIN.

Ya es vmd. buen perillan.
Anoche eran las diez dadas,
y espera que espera; sí,
no eran malas esperanzas.

El guisado se pegó,
y no es estraño, que estaba
cociendo desde las cinco:
hasta la maldita gata,
por entretener el hambre,
afianzó un capon, que daba
envidia: no hubo remedio,
todo lo llevó la trampa;
y gracias á las gallinas,
y á que jamas huevos faltan
en casa, porque sino
la cena fuera ensalada
mui fresca y mui picadita,
pero de endeble sustancia
para estómagos navarros.

D. Severo.

¡Cuánto me pesa....!

D. Fermin.

Desgracias
como las de anoche, nunca,
nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
se cayó de la colada
en la caldera, y alli estuvo
un cuarto de hora.

D. Severo.

¡Muchacha
infeliz! Se coceria.

D. Fermin.

No, porque estaba sin agua
casualmente, mas con todo
se tiznó manos y cara.

D. Carlos.

Y el susto tambien se cuenta.

D. Pedro.

Si en ello vmd. no se enfada
dejarlo para otro dia,
y sepamos por qué causa
este caballero pudo
detenerse.

D. Severo.

Fueron faltas
de un criado, que no merecen
vuestra atencion.

D. Fermin.

¡Calla, calla!
Olvidado se me habia:
¡pobre Gaspar! con la zambra
de anoche está mi cabeza
como una cesta de ranas.

D. Severo.

¿Conoce vmd. á Gaspar?

D. Fermin.

El pobre cuitado acaba
de hablar conmigo.

D. Severo.

¿Y ha tenido
la osadia...?

D. Fermin.

¿Es menester tanta
cuando se pide perdon?
Vaya, que vuelva á tu gracia,
y pelitos á la mar.

D. Severo.

Yo quisiera que empleara
vmd. mejor mi obediencia.

D. Fermin.

Si le he dado mi palabra
¿no es fuerza que se la cumpla?

D. Severo.

Repare vmd....

D. Fermin.

No repara
en nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
solo porque tropezar

no ha debido, ¿quién pasára
por las calles?

D. Severo.

Yo no soi
de ese parecer. El que anda,
debe saber como pisa,
y si tropieza, que caiga
enhorabuena; pues torpe
el equilibrio no guarda.

D. Fermin.

¿Y no le he de dar la mano?

D. Severo.

No, señor, que si trabaja
por levantarse; si suda
por lograrlo; si se afana;
esta fatiga, este empeño
dejan recuerdos que bastan
muchas veces para que
pueda evitar otras faltas
iguales; mas si al contrario
se le ayuda, y se le alhaga,
lo toma por chiste, y cae
diez veces cada semana.

D. Fermin.

Nunca entendí semejantes
filosofías. La cristiana
religion de mis abuelos,

que ayude al caido me manda
y no mas. ¿Es cierto?

D. Pedro.

Cierto.
La lei castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.

D. Fermin.

Por supuesto.

D. Severo.

¡Qué ignorancia! *aparte.*

D. Fermin.

Asi, pues, con tu permiso
me marcho á que Gaspar salga
de dudas.

D. Severo.

Perdone vmd.:
mi conducta es arreglada
á mis principios. Jamas
me separo de la raya
del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

D. Fermin.

¿Esto dices?

D. Severo.

Esto digo.

D. Fermin.

Pues amigo, quien desaira
antes de casarse al suegro,
casado lo descalabra
cuando menos, y en verdad
que esta entrada de pavana
me gusta mui poco.

Scena vii.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

Doña Tomasa.

Tio,
¿se echa vinagre á la salsa
del pato? ¡Ay, Jesus mil veces!

D. Carlos.

¿Que te asusta?

D. Fermin.

Alguna rata,
sin duda, que se pasea,
segun costumbre.

Doña Tomasa.

¿Me engaña

el deseo? ¿Sois vos señor? *á D. Sev.*

D. Severo.

Y yo ¿qué soy?

Doña Tomasa.

Nada, nada.
Perdonad: mi fantasia,
si... cuando... ¡el cielo me valga!

D. Fermin.

Desmayóse.

D. Pedro.

Sostenedla.

D. Severo.

No sé lo que por mi pasa. *aparte.*

D. Fermin.

D. Severo, ¿que es aquesto?

D. Severo.

Yo ¿que sé?

D. Fermin.

Si habrá entruchada

D. Pedro.

Un poco de ether seria

muy bueno.

D. CARLOS.

No tal, echadla
agua fresca solamente.

D. FERMIN.

Sí, que despues calaguala
la daremos para el susto
que D. Severo la causa.

D. SEVERO.

Pero ¿en que asustarla puedo?

D. PEDRO.

Ya vuelve en sí.

D. CARLOS.

Albricias, alma.

D. FERMIN.

Hija mia, digo, sobrina,
responde por Dios... Palabra. *á D. Pe-*
¿Como se llama hoy la chica? *dro ap.*

D. PEDRO.

Flora.

D. FERMIN.

¡Ah! sí: Flora, muchacha,
vuelve en tí.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Dios!

D. FERMIN.

D. Severo,
si Flora en vmd. repara
quizá vuelva á desmayarse:
háganos vmd. la gracia
de separarse un poquito,
un poco mas... a la espalda
de nuestro alcalde.

D. SEVERO.

Paciencia. *ap.*
y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA.

¿Dónde estoy?

D. CARLOS.

En el estrado.

DOÑA TOMASA.

¿Quién son, pues, estas fantasmas
que me rodean?

D. CARLOS.

Son tu tio,
un primo que te idolatra,
con el alcalde mayor;

y en fin, nuestro don....

D. Fermin.

¡Caramba!
¿que es lo que vas á decir?

D. Carlos.

Es verdad.

D. Fermin.

¿Quieres matarla?

D. Severo.

Pues, señor, estamos frescos: *ap.*
no hai duda que es de una estraña
brillantez el papelito
que represento en la casa.

Doña Tomasa.

Permitid que me retire.

D. Pedro.

Sí, es mejor: Carlos llevadla,
conducid á vuestra prima.

D. Fermin.

Que se eche sobre la cama,
sino quiere desnudarse.

D. Pedro.

Cuidado con las ventanas

y las puertas.

D. Carlos.

Vamos, prima.

D. Pedro.

Cubridla bien con las mantas.

Scena viii.

D. SEVERO, D. FERMIN Y D. PEDRO.

D. Fermin.

¡Pobre Flora, pobre Flora,
tan jóven, tan desgraciada,
señor! cuidado que es obra.

D. Pedro.

Sosegáos.

D. Fermin.

Se me traspasa
el corazon siempre que
sucede.

D. Severo.

Pues ¿se desmaya
mui á menudo?

D. Pedro.

Padece
unos vapores....

D. Fermin.

¡Mal hayan
los vapores! Nunca, nunca
he conocido en mi infancia
semejante enfermedad:
entonces solo se usaban
indigestiones, viruelas,
golondrinos, almorranas,
y otros males conocidos;
pero ahora todo es de estrangia:
histérico, nervios, bilis,
flato ardiente, y calabazas
fritas, y Dios me perdone;
porque me lleva la trampa,
notando que hasta el morirse
ha de ser á uso de Francia.

D. Pedro.

Es preciso seamos justos.
Una jóven educada,
como se acostumbra hoi dia,
es fuerza padezca varias
dolencias desconocidas
á sus madres, que ignoraban
por necesidad sus nombres:
verbigracia: una estremada

aficion á la lectura,
muchas veces arrebata
el calor á la cabeza,
y de ahi se siguen las bascas,
las jaquecas, los vapores,
y otros alifafes.

D. Fermin.

¡Braba
dificultad! ¿Pues hai mas
que no leer?

D. Pedro.

Señor ¿qué dama
pudiera alternar entonces
en cuestiones literarias,
como hoi alternan?

D. Fermin.

¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
aunque no supo de letras,
siempre estuvo embarazada
ó parida; y esto es, amigo,
lo que ser madre se llama.

D. Pedro.

¿Y quien puede disputar
á mi senora doña Ana
lo que ganar asi supo?

D. Fermin.

Ademas, ¿qué fruto sacan
con todas esas lecturas?

D. Severo.

Poco ó nada, si son malas:
si son buenas y escogidas
mucho; pues hallarán sana
doctrina, máximas puras,
egemplos, modelos, sábias
instrucciones....

D. Fermin.

Y tambien
embelecos y patrañas.

D. Severo.

Con qué ¿no hallará una jóven,
si lee la historia romana,
que aprender en la firmeza
de una Porcia, en la constancia
de una Lucrecia?

D. Fermin.

Hombre, á luengas
tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
si de cerca se miraran,
se vieran, ni mas ni menos,
como se ven hoi las Juanas,

las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

D. Severo.

Eso es ya negar....

D. Fermin.

Yo nada
niego; mas sí dudo.

D. Severo.

Pero....

Scena ix.

COLASA Y DICHOS.

Colasa.

La cena.

D. Fermin.

¡Santa palabra!
¿Y Flora?

Colasa.

Cena en su cuarto.

D. Fermin.

¿Y Cárlos?

COLASA.

Está en la sala
de comer.

D. FERMIN.

Y diga vmd. *á D. Sev.*
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,
cenemos todos, que tarda
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ai don Fermin! me olvidaba
de entregaros un dinero,
que me dieron en Tafalla
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa
don Jaime: tiempo hai mañana.

D. SEVERO.

Aqui lo tengo yo en oro.

D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡ai tal machaca!

vamos, vamos á cenar.

D. Severo.

Vamos pues, ¡cosa mas rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.





ACTO TERCERO.

Scena primera.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

Doña Tomasa.

¡Qué larguísima es la cena!

Colasa.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
para el hambriento que aguarda.

Doña Tomasa.

La consecuencia no es buena;
pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA.

Díme, Colasa, por Dios,
¿le encontrastes mui galan?
¿es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afan!
ahora es galan para vos,
mas no sé lo que será
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA.

Gala que tan poco dura
mui mala espina me da.
Sin embargo, te confieso
que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, quién
puede, Señora, hablar de eso?
pues los hombres mas tranquilos
son parecidos al paño,
y mientras no pasa un año
nunca descubren los hilos.

Doña Tomasa.

Lo mismo de una doncella
dirán con distintos modos.

Colasa.

Dicen que es Fenix, y todos
hablan bien sin conocella.
Solo un diestro cazador
la vé en sus redes cogida;
mas no temais que en su vida
disminuya su valor,
que aquel que suda y se afana
por coger una nuez verde,
trabajo y mérito pierde,
si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa,
¿qué esperais, señora, aqui?
¿quereis serviros de mí?

Doña Tomasa.

Antes no, siendo forzosa
necesidad que te alejes
luego que sintamos ruido;
y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

Colasa.

¿Teneis, pues, que hablar con él?

Doña Tomasa.

Mucho tengo que decir.

COLASA.

¿Y qué?

DOÑA TOMASA.

Vóile á descubrir
un secreto.

COLASA.

Con qué infiel
hollando promesa y fé
vais á decir la verdad?

DOÑA TOMASA.

¡Jesus, y que necedad!
Cuando me case lo haré;
porque antes mui mal hiciera,
y ninguno se casara
si una muger encontrara,
que la verdad le dijera.
Ahora esta conversacion
solo á esforzar nuestro enredo
se dirige.

COLASA.

Tengo miedo
que como los hombres son
ladinos y redomados,
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Colasa! les engaña

su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
convierte todo en sustancia:
no temo su vigilancia,
temo mas bien su rencor:
porque el orgullo ofendido
perdona mui rara vez.

COLASA.

Marido con altivez
no puede ser buen marido.

DOÑA TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego
tomo cartas en un juego
en que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temais ya, que por vos
con toditas las mugeres
está amor.

DOÑA TOMASA.

¿Y entonces quieres
que tema?

COLASA.

Señora, á Dios,
pues siento abrir la mampara.

Doña Tomasa.

A Dios, pues, y el cielo quiera
que esta mentira primera
no se conozca en mi cara.

Scena II.

DOÑA TOMASA sola.

Doña Tomasa.

Quiero sentarme y tomar
una postura elegante,
compañera de un semblante,
que demuestre mi pesar.
Apóyese la megilla
en la mano; el pie pulido
descanse como al descuido
en el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
respiren amor y enojos,
y encubran tan tristes ojos
mis desgreñados cabellos.
¡Ai! si un espejo tuviera,
no era dudoso el efecto,
que un amigo tan perfecto
ni engañara ni mintiera;
mas si el destino cruel
me priva de tal consejo,
sea el interes mi espejo,

que otros se miran en él,
y les sale bien la cuenta.
¿Por qué no ha de ser asi
con mi engaño? Ya está aqui:
quiera Dios no me arrepienta.

Scena III.

D. SEVERO Y DICHA.

D. Severo.

Vaya, ¡y que pesados son!
tanto beber y brindar,
y despues vuelta á empezar
la eterna conversacion
del abuelo don Rodrigo,
y del tio don Sempronio:
parentela del demonio,
¿quereis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana
permanecen en la mesa
segun su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
me voi á tomar el fresco;
y á fé que lo necesito,
pues este vino maldito
de Peralta, es un refresco
singular para verano.
¡Si quema mas que la lumbre!
Como no tengo costumbre

de beber, y este inhumano
suegro quiso que bebiese
como ellos beben, á estajo,
no estrañara que un trabajo
esta noche sucediese.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Dios!

D. SEVERO.

Se quejan, suspiran:
¿Quién, pues... mas, cielos ¡qué veo!
¿es ilusion del deseo
la que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA.

Sí, señor, la misma soi.

D. SEVERO.

Mil gracias al cielo doi,
pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA.

¡Lisonjas á mi, señor!
Pienso que os equivocais.

D. SEVERO.

No sé por qué lo digais.

DOÑA TOMASA.

Dígolo, porque mejor

se emplearan en mi prima.

D. SEVERO.

¿En quien?

DOÑA TOMASA.

En doña Tomasa,
que aunque está fuera de casa,
y no os conoce os estima.

D. SEVERO.

El amar sin conocer,
no es facil de concebir,
porque si amar es sentir,
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA.

Gusta el veros de un humor
tan grato y tan placentero;
y sacar partido quiero.

D. SEVERO.

¿Cómo?

DOÑA TOMASA.

Pidiendo un favor,
que espero no me negueis.

D. SEVERO.

Disponed Florita hermosa,
de mi ser.

Doña Tomasa.

Es corta cosa;
tan solo que me escucheis.
Temo caballero,
que os ha de cansar
mi triste relato;
pero pues que ya
fui tan infelice
que disimular
no supe esta tarde,
por Dios perdonad,
y sabedlo todo,
porque mi pesar
ha llegado al punto
en que es fuerza optar
entre odio y desprecio;
y en apuro tal,
del odio prefiero
esperimentar
la herida dudosa
y no la mortal
con que los desprecios
matan sin chistar.
Bien sé que mi tio,
lleno de bondad,
habrá disculpado
á mi ceguedad.
Tambien os diria,
que una enfermedad
es solo la causa

de todo mi mal.
¡Donosa bobada
de un viejo que ya
olvidado tiene
qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
que mi mocedad
alegre ignoraba
del ciego sagaz
los fieros ardides,
la impune maldad!
Pensaba yo entonces
que ni el bien ni el mal
pudieran un dia
turbar mi horfandad:
gozosa burlaba
en mi oscuridad
los títulos vanos,
las honras que dan
orgullo á los ricos,
al triste pesar.
¡Dichosa mil veces,
si tanta humildad
con tanta ventura
pudiesen durar!
mas no, que huyó luego
mi felicidad,
luego que la flecha
sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
para mi fatal!

pues perdí la dicha,
y hallé en su lugar
dudas, sinsabores,
envidia falaz,
y celos, y celos,
que son el dogal
que al enamorado
incomoda mas.
Esta digresion,
señor, perdonad,
que una amante lengua
no sabe callar;
y vamos al caso.
Siete meses há
que estuve en la feria,
allá en la ciudad,
por la temporada
en que todos van
(los buenos navarros
digo) á celebrar
comiendo y bebiendo
la festividad
del santo Patrono.
Alli cuando mas
descuidada estaba,
vi cierto galan.
Ignoro quien sea,
que una principal
muger, por recato
no puede saciar,
como otras múgeres,

su curiosidad.
Pero sea quien fuere,
yo no puedo amar
sino á aquel que supo
con solo mirar
fijar mi inconstante
grata veleidad.
Volvíme á la aldea,
creyendo encontrar
en ella el sosiego
que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Mas fácil es dar
constancia á la suerte,
límites al mar.
Si al menos pudiera
en la soledad
del bosque sombrio
quejarme y llorar:
si no me inquietasen,
no fuera yo tan
desafortunada;
pero por mi mal
se empeña mi tio
que me ha de casar
con mi primo Carlos,
á quien yo jamas
podré hacerle dueño
de una voluntad

que está enagenada
y es mala de dar.
En vano les dije
toda la verdad;
en valde eché mano
de la seriedad,
del desden severo,
del odio mortal,
de cuantos afectos
pueden demostrar
mi acerbo disgusto,
y su necedad.
Todo ha sido en vano,
y contrarestar
la razon no puede
á su terquedad.
Mi boda y la vuestra
se han de celebrar
en un mismo dia.
Yo no os digo mas.
Si sois caballero,
si sabeis amar,
vuestra cortesia
puede adivinar
lo que yo no digo;
y reflexionad
que el que es bien nacido
obra como tal,
y en nada lo prueba
mas que en respetar
la flaca modestia.

D Severo, obrad,
no por lo que dije,
si porque callar
debí, y porque os toca
á vos lo demas.

D. Severo.

Lo que ahora llego á entender
no se si deba dudar.

Doña Tomasa.

Será porque el desconfiar
acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
nuestro tiempo en platicar,
¿puedo tranquila contar
con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasion,
ya que otra cosa no sea,
á esta union que se desea,
á esta aborrecida union
¿os opondreis?

D. Severo.

Sí, mi bien,
ó quien soi no seré yo.

Doña Tomasa.

¿Y lo prometeis?

D. Severo.

¿Pues no?

DOÑA TOMASA.

¿Y lo jurareis tambien?

D. SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,
y lo juro á vuestros pies.

SCENA IV.

D. CARLOS Y DICHOS.

D. CARLOS.

Pues el juramento es
mas de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño
tan vuestro escuchásteis necio,
agradeced un desprecio
que os produce un desengaño.
La lei castiga al sugeto
que robar lo ageno trata,
y el amor al que arrebata
la posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
que aqui tan mal os sirvió,
y no os quejeis porque yo
siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona

me pusiérais á los pies,
no la admitiera, pues es
vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo
de ver lo que apetecia,
voi á gozar mi alegria
á solas. Guárdeos el cielo.

Scena V.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. Carlos.

Hombre vil, mal caballero,
falso amigo, humana fiera,
engañoso cocodrilo,
ó venenosa culebra
que abrigó mi triste pecho;
dí, vascongada pantera,
por casualidad nacida
entre los montes de Azpeitia....

D. Severo.

Carlos, calla, ¿estas borracho,
ó has perdido la chaveta?
No añadas mas disparates
á tamañas desverguenzas.
Qué, para que yo responda
á cuanto preguntar quieras,
¿necesitas echar mano

de esas palabras groseras,
que solo mala crianza
ó poca razon demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?

D. Carlos.

Nada ya, porque tu lengua
no puede decirme mas
de lo que sé.

D. Severo.

Pues bien, cesa,
cesa ya en tales injurias,
y el partido que convenga
mejor á tu situacion
toma.

D. Carlos.

Mi intencion es esa.
Y pues el uso establece
entre hombres de nuestras prendas,
solo un medio de borrar
todo género de ofensas,
ese escojo.

D. Severo.

Dí cual es.

D. Carlos.

Que conmigo al campo vengas.

D. Severo.

Pues ¿á qué?

D. Carlos.

A satisfacerme.

D. Severo.

¿Cómo?

D. Carlos.

Quedando uno en tierra.

D. Severo.

¡Bueno! Pero no sabia
que romperme la cabeza
pudiera satisfacerte.

D. Carlos.

¿Qué quieres? Asi lo ordena
el que llamamos honor.

D. Severo.

¿Qué derecho se reservan
entonces las santas leyes?

D. Carlos.

En semejantes materias
la opinion y la costumbre
deciden.

D. Severo.

Pero el que piensa
con madurez, el que trata
de seguir siempre la senda
del deber y la virtud,
debe transigir con ellas.

D. Carlos.

Si se complace en la infamia,
que transija enhorabuena.

D. Severo.

¿En la infamia?

D. Carlos.

Pues, ¿y cómo
se puede llamar la befa,
el desprecio, los baldones,
que á los prudentes esperan
en premio de su conducta?

D. Severo.

Les sobra con su conciencia.

D. Carlos.

Mui bien defiendes tu causa.

D. Severo.

Es confesion ó indirecta?

D. Carlos.

Como quieras entenderlo,
pero permite que crea
que ese tono magistral,
esa estudiada elocuencia
y una cierta timidez,
que á pesar tuyo se muestra,
dan á entender...

D. Severo.

¿Qué?

D. Carlos.

Tan solo
que es mas miedo que prudencia.

D. Severo.

¿Volvemos á los insultos?

D. Carlos.

Al contrario: á mi me alegra
infinito que á tu Flora
se le ofrezca tan risueña
perspectiva. Un sempiterno
marido con la moderna
cualidad de no gustar
de lances ni de quimeras,
es un fortunon desecho.

D. Severo.

¿Callas?

D. Carlos.

¿Hai toros de cuerda
en tu lugar? Si los hai
no asistas, porque se llevan
á veces sendos porrazos.

D. Severo.

Ya me falta la paciencia· *aparte.*

D. Carlos.

Y siempre es mucho mejor
morir de gota serena.

D. Severo.

Hablador de Barrabas,
lo que buscas es pendencia,
y la tendras porque calles.

D. Carlos.

¿Cuándo ha de ser?

D. Severo.

Cuando quieras.

D. Carlos.

Pues ahora mismo.

D. Severo.

Ahora mismo.

D. Carlos.

¿Tienes padrino?

D. Severo.

¿Tu sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
ó se bautiza, ó se vela?

D. Carlos.

El ceremonial exige
la indispensable presencia
de dos amigos, que juzguen
si ambos se matan en regla.

D. Severo.

Yo aqui no conozco á nadie.

D. Carlos.

Mui bien, y pase por esta.
¿Vamos?

D. Severo.

Vamos.

D. Carlos.

Oyes, baja
poco á poco la escalera,
que yo voi por las pistolas.

D. Severo.

Cuidado no te detengas.

Bueno es que un loco me obligue (*ap.*
á hollar por la vez primera *yéndose.*)
mis principios. ¡Qué remedio
tiene! Y ¿quién tiene paciencia
para sufrir sin motivo
dicterios, insultos, befas
y provocaciones? Vaya,
ya no estraño que sucedan
dos mil lances cada dia,
y que un hombre de prudencia
sin gustar de espadachines,
muchas veces lo parezca.

SCENA VI.

D. CARLOS, D. FERMIN, COLASA. DOÑA TOMASA Y D. PEDRO.

D. CARLOS.

Señores, oid, escuchad
al rei de armas.

COLASA.

¿Qué me ordena?

D. FERMIN.

¿Qué quieres?

D. CARLOS.

Solo deciros

en dos palabras y media,
que gracias á mis ardides,
y á su ninguna esperiencia,
tenemos ya al señor mio
cogido en la ratonera;
que vamos desafiados,
que las pistolas no llevan
sino pólvora, que asi
es probable que no muera
ninguno, que arrepentidos
de nuestra injusta pendencia,
juraremos olvidarla;
y yo lleno de terneza
á mi Flora cederé,
y mis derechos con ella;
pero como siempre es bueno,
que nada de esto lo sepan
vmds. por disimulo,
irá, que quiera ó no quiera,
á pasar toda la noche
al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasion,
y cierta condescendencia
que se debe á los estraños,
harán que juegue, y que pierda
el poco ó mucho dinero
que lleve en la faltriquera;
y aburrido y descontento
lo traeré cuando amanezca
á que vmds. padres graves,
pongan fin á la comedia.

Scena vii.

D. FERMIN, D. PEDRO, COLASA Y DOÑA TOMASA.

D. Fermin.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

Colasa.

Sí, llame vmd. á otra puerta,
que segun va no le alcanza
una bala de escopeta.

D. Fermin.

¡Válgame Dios con el chico!

D. Pedro.

¿Cuál era la intencion vuestra
en detenerlo?

D. Fermin.

No sé.
Estas armas me rebientan,
que al fin el diablo las carga.

D. Pedro.

Déjese vmd. de simplezas.
¿No las ha visto cargar?

D. Fermin.

Sí; pero....

D. Pedro.

¿Pero qué?

D. Fermin.

¡Buena
pregunta! al fin son pistolas.

D. Pedro.

Buenas noches.

D. Fermin.

Qué ¿nos deja
vmd.?

D. Pedro.

Pues ¿hai que velar
algun enfermo?

D. Fermin.

Quisiera
saber en lo que paraba.

D. Pedro.

Amigo, larga la lleva
vmd. entonces; porque
ahora son las diez y media,
y hasta las siete lo menos....

D. FERMIN.

Segun eso, me aconseja
vmd. me desnude.

D. PEDRO.

Y que
duerma vmd. á pierna suelta.
Fuera lo demas locura.

D. FERMIN.

No sé si podré.

D. PEDRO.

Agur.

D. FERMIN.

Ea,
hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Sin duda.

D. FERMIN.

Buenas
noches. Nicolasa, alumbra
al senor.... Tú ¿no te acuestas? (*á*
Tom.)

DOÑA TOMASA.

¿Por qué no?

D. Fermin.

¿Como es tu novio.

Doña Tomasa.

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
luego que ya no lo sea;
porque entonces, los cuidados
ya vé vmd. siempre desvelan.

D. Fermin.

Tienes razon, hija mia,
duerme bien, y toma fuerzas
para sufrir los cuidados
que, segun dices, te esperan.

ACTO CUARTO.

Scena primera.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. Carlos.

¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. Severo.

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.
Asi nada es de estrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que sí me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
á esa lóbrega mansion.

D. Carlos.

Es casa de diversion.

D. Severo.

Es casa de Bercebu.

D. Carlos.

¿Aun la cólera te dura?

¿Qué viste tan malo alli
que asi te altera?

D. Severo.

Yo vi
un infierno en miniatura,
y no merece otro nombre,
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
anegado en porqueria,
he visto en un solo dia
lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
alli un mandil se descubre,
que mas empuerca que encubre,
y al que se llama *tapete.*
Yace encima un mal belon
moribundo, desdichado,
quien, á pesar de su estado,
manifestó la intencion
que de alumbrarnos tenia;
mas le faltó un requisito,
y fue el aceite maldito,
que estaba en Andalucia.
Pues de esta mesa al redor,
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados,
esperando un redentor,
á una porcion de estafermos,

que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados,
me parecieron enfermos.
Pero ¡ai Dios y que sudores
tuve! ¡que susto me diste
cuando al oido me dijiste
estos son los jugadores.
Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito,
ó recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos, ni sus uñas,
no se quejen las garduñas,
ó chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo,
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doi mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡qué reniegos! ¡que porvidas!
y otras voces conocidas
tan solo entre jugadores.
Acá gana una *judia*,
alli las sotas *se dan*,
piérdese un buen *ganarán*
ó quiebra *contra judia*.
Alli sin soga, se *amarra*,
se *apuntá* sin escopeta,
sin necesidad *se aprieta*,
se *mata* sin cimitarra:

tambien *se entierra* sin ser
doctor ni sepulturero,
y en fin se pierde el dinero
sin oir, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
los primores, que sin tasa
se encuentran en esa casa,
que llamas de diversion.
Y no siento, ciertamente,
haber jugado y perdido,
sino el haber conocido
pocilga tan indecente.

D. Carlos.

Es verdad; pero disculpa
tengo, y sabes que el entrar
fue solo disimular.

D. Severo.

No: tu no tienes la culpa:
bien lo sé. La culpa es mia,
mi confesion es bien clara,
y obré anoche, cual obrara
un chico de Escuela pia.
Si yo hubiera despreciado
tus brabatas, si me rio
y no admito el desafio,
todo estaba remediado.
El deber y la amistad
me lo mandaban asi,
y aunque yo lo conocí

me cegó la vanidad.
Luego, ya se vé, quisimos
disimular este error,
cometiendo otro mayor.
¿Y que es lo que conseguimos?
pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisongera
opinion de la honradez.

D. Carlos.

¿Y quién saberlo podrá?

D. Severo.

La conciencia.

D. Carlos.

Callará.

D. Severo.

¿Calla jamas este juez?

D. Carlos.

Vamos, vamos, ten paciencia,
que segun voi entendiendo,
aun estan todos durmiendo
en casa; y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

D. Severo.

¿Y los criados?

D. Carlos.

¿Presumir
quieres que lo han de decir?

D. Severo.

Un secreto en un criado
se indigesta luego, luego.

D. Carlos.

Es que yo les prevendré
que callen.

D. Severo.

Peor.

D. Carlos.

¿Y por qué?

D. Severo.

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
es trocar los frenos, Carlos;
y quien llega á equivocarlos
no deshace facilmente
tamaña equivocacion,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo,
y el otro su estimacion.

D. Carlos.

No importa, vóiles á hablar.

D. Severo.

¿Al fin te decides?

D. Carlos.

Sí.

D. Severo.

Haz lo que quieras, y di,
pues vas adentro, á Gaspar,
que venga sin dilacion.

D. Carlos.

¿Tienes algo que mandarle?

D. Severo.

Si: se me ha ocurrido enviarle
á casa.

D. Carlos.

Alguna comision
para el viejo, eh?

D. Severo.

Pues.

D. Carlos.

Ya estoi:
quizá será por dinero.

D. Severo.

Hombre no seas majadero:

anda si quieres.

D. Carlos.

Voi, voi.

Scena II.

D. SEVERO solo.

D. Severo.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
que estar uno descontento
de sí mismo. ¡Qué locura
la de anoche, y qué vileza
al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable
que, jugador miserable,
perdiera yo la cabeza,
hasta el punto de jugar
dinero que no era mio?
Y despues de un desafio!...
y despues de enamorar
la novia de quien me debe
su primera educacion...!
Pues, señor, en conclusion,
soi un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quien presumia
no tener ningun defecto?
¿era yo el hombre perfecto?
y al primer tapon... Daria
cuanto tengo y tener puedo

por morirme ahora, ahora...
pero ¡es tan linda esta Flora!
¿Y quien sabe si por miedo
hubieran todos tenido
mi prudencia...? A nadie agrada
pasar por cobarde... y nada
mas simple que enfurecido
cuando Carlos me injurió,
me acordase que primero
he nacido caballero
que no su amigo... pues no,
no he sido tan delincuente;
y cuanto mas reflexiono
encuentro mas en mi abono.
Si Gaspar va diligente,
y vuelve con el dinero,
antes que este D. Fermin
me lo pida, ya por fin
del mal el menos. Yo quiero
suponer por un momento
que se ignore lo ocurrido:
entonces nada hai perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
que quizá no se sabrá,
y siempre que en adelante
viva mas cauto, es constante
que el mundo me apreciará
como me apreció hasta aqui.
Bien dice Carlos, que soi
mui tímido: asi desde hoi
he de ser lo que antes fui.

Scena III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. Severo.

¿Gaspar?

Gaspar.

Señor, os confieso
que yo he sido un malandrin,
un borracho, un puerco-espin.

D. Severo.

Vamos, no hablemos ya de eso:
si la primera impresion
de una culpa nos altera,
luego la hacen mas ligera
el tiempo y la reflexion.
Asi que ya no me irrita
lo que ayer juzgué gran culpa.

Gaspar.

Cuando mi amo me disculpa *aparte.*
sin duda me necesita.

D. Severo.

Siempre fiel te he conocido,
servicial, de buen humor.

Gaspar.

¡Ai que me alaba, señor! *aparte.*

¿Qué es lo que habrá sucedido?

D. Severo.

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimacion,
enviándote en comision
á casa.

Gaspar

¿Por?

D. Severo.

Por dinero.

Gaspar.

¡Ya!

D. Severo.

A mi padre has de decir
algun cuento, una ficcion,
que perdí por distraccion
la bolsa, que...

Gaspar.

Eso es mentir.

D. Severo.

Mentir no, que en realidad
para dañar no conspira.

Gaspar.

Ello no será mentira,

mas no es decir la verdad.

D. Severo.

Con que ¿no quieres?

Gaspar.

Querré
si vmd. lo toma á su cuenta.

D. Severo.

Tu escrúpulo me rebienta.
Si tomo.

Gaspar.

Pues mentiré.

D. Severo.

Le dirás que en Villafranca
me ha sucedido un fracaso...
cualquier cosa, porque el caso
es que no tengo una blanca;
pero por Dios te suplico
que vayas y vuelvas pronto.

Gaspar.

¡Toma! Pues ¿soi yo algun tonto?
Voi á ensillar el borrico
de D. Fermin.

D. Severo.

¿Estas loco?

¿en borrico?... dáme risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
la mejor mula de paso,
y dia y noche (este es el caso)
has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?

GASPAR.

Si que lo entiendo.

D. SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir
mula y alforja.

GASPAR.

¿Y me he de ir
sin carta de vmd.?

D. SEVERO.

Corriendo
voi á escribir una esquela
para padre que razon
tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alon.

D. SEVERO.

Oyes, no olvides la espuela.

SCENA IV.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡Cuanto cuesta el enmendar
un error! si se supiera,
mas facil mil veces fuera
obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
el desengaño no es mudo,
por eso lo que no pudo
el crímen, lo puede luego
la verguenza de que clara
se descubra su fealdad.
¡Qué compasion en verdad
merece el que se separa
de la linea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
y el tiempo me manifiesta
lo que no supe entender,
cuando venturoso el nombre
ignoraba del disgusto;
mas ¡ay! que siempre fue injusto,
si fue venturoso el hombre.

SCENA V.

D. PEDRO Y DICHO.

D. PEDRO.

¡Cuanto agradezco á mi estrella

D. Severo el encontraros
solo!

D. Severo.

¡Ola, señor D. Pedro!
¿levantado tan temprano?

D. Pedro.

¡Ay amigo de mi vida!
siempre madruga un cuidado.

D. Severo.

Es verdad.

D. Pedro.

Y por desgracia
yo me encuentro hoi en el caso
de necesitar consejos,
de reclamar los sagrados
derechos de la amistad.

D. Severo.

Pues ¿cómo?

D. Pedro.

Solos estamos,
supongo?

D. Severo.

Si.

D. Pedro.

Es que sintiera

que pudieran escucharnos,
y despues...

D. Severo.

No tema vmd.,
pues aun no se ha levantado
D. Fermin, y la familia
anda en sus quehaceres.

D. Pedro.

¡Bravo!
nada entonces me detiene.

D. Severo.

¿Qué será esto? *aparte.*

D. Pedro.

Amigo, me hallo
en un fiero compromiso.

D. Severo.

¿Y puedo serviros de algo,
señor D. Pedro?

D. Pedro.

Si tal,
me podeis servir de tanto,
que solamente confio,
para salir del barranco
en que estoi, en vuestro celo
en la amistad, en el raro

y prodigioso talento
que os adorna.

D. Severo.

Demasiado
me honra vmd, amigo mio;
y os suplico, que dejando
esos elogios, digais
en que tan afortunado
podré ser, que útil os sea.

D. Pedro.

Pero siempre es necesario
establecer los motivos
que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
sin duda que entre los varios
amigos que tengo, os busque
y prefiera, siendo el lazo
que nos une tan reciente;
y esto fuera mui estraño
á no mediar lo que media.
Mas, amigo, vamos claros,
nunca se repara en fechas
cuando se necesita.

D. Severo.

Hartos
egemplos pueden citarse
de esta verdad.

D. Pedro.

Yo ahora trato
de buscar un hombre serio,
justo, desinteresado,
imparcial, fiel, virtuoso,
y este sois vos.

D. Severo.

El retrato *aparte*
no es del todo parecido.

D. Pedro.

Sus luces de vmd., sus vastos
conocimientos, sus rectos
principios, y su exaltado
amor á la virtud, pueden
asegurarme que el sano
consejo que necesito,
estará exento de humanos
intereses, de pasiones,
y de esos afectos bajos,
que dirigen comunmente
los que damos y tomamos.

D. Severo.

En lo que alcanzan mis luces,
señor D. Pedro...

D. Pedro.

Bien. Paso

al asunto. Yo me encuentro,
como juez y magistrado,
en la dura alternativa,
en el caso triste y raro
de tener que atropellar
un amigo, ó los sagrados
derechos de un ministerio
terrible, mas necesario.

D. Severo.

¿Y este amigo ha delinquido?

D. Pedro.

La lei le condena.

D. Severo.

¿El caso
os parece tan dificil?

D. Pedro.

Si me parece; pues varios
incidentes favorecen
y escudan su atropellado
arrojo. Luego es mi amigo,
nos tratamos como hermanos
ambas familias, y es fuerte
cosa verse precisados....

D. Severo.

Pero la lei

D. Pedro.

En cuanto á eso

no puedo disimularlo:
le coge de medio á medio.

D. Severo.

Pues, señor, un magistrado
no debe entonces dudar;
y es un crímen el retardo
mas pequeño, la menor
dilacion, si fuere en daño
de su augusto ministerio.

D. Pedro.

Ni yo de ofenderlo trato;
pero pudiera, como hombre,
encontrar mas avisado
el medio de conciliar...

D. Severo.

Imposible es encontrarlo.
La lei indica la senda,
y el juez los ojos cerrados,
debe seguirla y llegar
al fin propuesto. Si incauto
los abre, arriesga el perderse,
pues buscará los atajos,
y con ellos los peligros.

D. Pedro.

¿Con que prescindo de cuanto
me interese en su favor?

D. Severo.

Sí, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
que haceis un estraordinario
sacrificio. No, en la historia
encontrareis un romano
Dictador que condenó
á su hijo. Tambien un Casio
y un Bruto que dieron muerte,
uno al padre, otro al amado
bienhechor. En fin, mil hechos
iguales, que demostraros
podrán, cuánto los afectos
se miran subordinados
á los deberes, y cuánta
gloria nos da el sujetarlos.

D. Pedro.

Mil gracias, amigo mio.
Confieso habeis disipado
todas mis dudas, y pronto,
pronto conocereis si hago
caso de vuestros consejos.

D. Severo.

¡Ola! ya se ha levantado
D. Fermin.

D. Pedro.

Tanto mejor.

Ahora vereis lo que valgo
cuando amigos como vos,
me infunden valor.

D. Severo.

El diablo
me lleve, si yo comprendo
qué analogia...

Scena vi.

D. FERMIN, DOÑA TOMASA,
D. CARLOS, COLASA y dichos.

D. Fermin.

¡Levantados,
y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
ó es pedirme chocolate.

D. Pedro.

Sí, chocolate, el que traigo
no és mui bueno para vmd.

D. Fermin.

¡Oiga!

D. Pedro.

Soi mui desgraciado,
D. Fermin.

D. Fermin.

¿Qué dice vmd.?

D. Pedro.

¿Y he de ser yo, cielo santo,
quien entregue esta familia
al dolor?

D. Fermin.

Pues ¿cómo? claro,
diga vmd. lo sucedido,
que esos gestos y esos ascos
me matan á confusiones,
y me indican...

D. Pedro.

Mucho y malo
deben indicár á vmd,
y nunca hubiera encontrado
en mí bastante valor
(lo confieso) para daros,
siendo tan amigo vuestro,
semejante trabucazo,
si los prudentes consejos
del hombre que estais mirando,
mis deberes, como juez,
no me recordasen sábios:
si una lógica elocuente
no me hubiese demostrado,
que la lei no tiene amigos,

sino aquellos que observando
sus preceptos, siguen siempre
la línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
y á mi pesar .. violentando
mis afectos... he venido...

D. FERMIN.

¿A qué, señor? Concluyamos.

D. PEDRO.

A prender á D. Carlitos.

D. SEVERO.

¡Qué escucho! *aparte.*

D. FERMIN.

¿Qué es esto, Carlos?

D. CARLOS.

Lo ignoro, y como no sea
por un lance, un altercado
que con un desconocido
tuve ayer noche, no caigo
en lo que pueda ser.

D. FERMIN.

Vaya, *á D. Ped.*
es esto?

D. PEDRO.

Lo han acertado

vmds.

D. FERMIN.

¿Y tal friolera
bastará para...

D. PEDRO.

Despacio,
señor D. Fermin, que yo
no soi ningun mentecato
para obrar tan de ligero.
Sepa vmd. que han delatado
á Carlos por desafio
tenido anoche: por varios
conductos me vino el soplo;
y yo, como magistrado,
no puedo disimular
un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometerme
sin ton ni son, y en tal caso
el individuo...

D. FERMIN.

Ya entiendo.
Y despues aconsejado
por D. Severo...

D. PEDRO.

Cierto.

D. FERMIN.

Hombre

¿está vmd. endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

D. SEVERO.

Señor D. Fermin, reclamo
vuestra indulgencia. Escuchadme
y juzgadme si he faltado
al deber, ó á la amistad.

D. FERMIN.

Dejeme vmd. por san Pablo. *alejándose de él.*
A lo menos si ya hubiesen
vmds. emparentado,
anda con Dios, que no fuera
vmd. el primer cuñado,
ni el último que lo hiciese;
pero antes es un milagro,
una cosa nunca vista.

D. SEVERO.

Carlos, tú que me has tratado
y me conoces á fondo,
di, si me juzgas tan malo,
tan perverso, que...

D. CARLOS.

No sé; *idem.*
pero solo si reparo,
que no aconsejas mui bien.

D. SEVERO.

Flora por Dios...

Doña Tomasa.

Mui villano *alejándose*
vuestro proceder parece; *de él.*
suspendo mi juicio, y no hago
poco.

Colasa.

Oiga vmd. un consejo *idem.*
pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
en callar.

D. Severo.

¡Estoi soñando!
Me desprecian, y huyen todos
de mi, cual si fuera el diablo,
sin oirme, sin informarse
tan siquiera hasta qué grado
soi criminal. ¿Y por qué
me huyen? ¿Por qué soi malvado?
Porque tengo la apariencia
contra mí: si asi juzgamos
siempre, no me maravilla
encontrar tantos culpados.

D. Pedro.

Juzgamos, ni mas ni menos,
lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele duro,
y cuando nos duele blando.

D. Severo.

Diga vmd. señor D. Pedro
á estos señores, si acaso
pude saber se trataba
de Carlos.

D. Pedro.

No le nombramos,
en efecto.

D. Fermin.

¡Ola! Pues eso *acercándose.*
es otra cosa.

D. Carlos.

En salvando *idem.*
tu amistad nada me importa
lo demas.

Doña Tomasa.

Pues yo no parto *idem.*
tan de ligero, por eso
hice mui bien en dudarlo.

Colasa.

Sí, señora, siempre dije *idem.*
lo mismo.

D. Severo.

¡Qué desengaño,

y qué leccion! Lo que siento,
señor D. Pedro, y lo estraño
á la verdad, es que vmd.
me comprometiese tanto.

D. Pedro.

Señor, yo busqué un consejo
que me ilustrase en tamaño
compromiso; vmd. no debe
resentirse, si arrastrado
por la opinion de sus luces....

D. Severo.

Pero en empeño tan árduo
vmd. debió, cuando menos,
nombrarme al interesado,
para que yo....

D. Pedro.

¿Y qué hace el nombre
para el hecho?

D. Severo.

Sí, que Carlos
es mi amigo, y...

D. Pedro.

Se prescinde
de estos febles y mundanos
afectos, cuando se trata
del bien social.

D. SEVERO.

Sin embargo...

D. PEDRO.

Y sino, acuérdese vmd.
de aquel dictador Romano
que me citó, no hace mucho.

D. SEVERO.

Diré que ha sido un borracho;
pues de otra suerte no hiciera
tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
pierde sus derechos santos,
y aquel que los desconoce
es imbécil, ó malvado.

D. PEDRO.

¿Y Bruto?

D. SEVERO.

¡Oh! no le nombreis:
fue un parricida.

D. PEDRO

Pues Cásio
no le fue entonces en zaga.

D. SEVERO.

¡Ya se vé!

D. PEDRO.

Mas lo contrario
¿no digísteis hace un credo?
ó al menos lo habré soñado.

D. SEVERO.

Es que entonces....

D. PEDRO.

Es que entonces
era el paciente un estraño,
y á su costa siempre es bueno
ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

D. SEVERO.

Que responder *ap.*
no sé.

D. FERMIN.

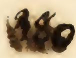
Pero ese adversario
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
saber?

D. PEDRO.

Señor, lo ignoramos;
y si Cárlos no lo dice....

D. SEVERO.

Lo diré yo.



D. Carlos.

¡Mentecato! *á Sev. ap.*
¿no ves que á tu amada Flora
comprometes?

D. Severo.

Pero Cárlos, *(lo mismo á Carl.)*
¿he de permitir....

D. Fermin.

¿Qué es eso,
Señores?

D. Carlos.

Nada, un encargo
que le dejo.

D. Fermin.

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
como los consejos...

D. Pedro.

Vaya,
si vmd. no tiene reparo,
D. Carlos, nos marcharemos
juntos.

D. Carlos.

No lo tengo. Vamos.

D. FERMIN.

¡Ai, Vírgen santa! Oiga vmd. (*ap. á*
¿Donde va el chico? *D. Ped.*)

D. PEDRO.

A su cuarto (*ap. á D.*
á que se desnude, y duerma *Ferm.*)
el tiempo que ha trasnochado

D. FERMIN.

¡Con qué, á la cárcel! *alto.*

D. PEDRO.

No hai medio:
es fuerza formar sumario,
y remitirlo á Pamplona.

D. FERMIN.

Pues, señor, acompañarlo
quisiera yo hasta la cárcel.

D. PEDRO.

Venga vmd.

D. FERMIN.

Pronto despacho,
y á mi vuelta, D. Severo, *á D. Sev.*
tenemos que hablar un rato
á solas.

D. SEVERO.

Está mui bien.

D. Pedro.

Vamos, que es mui tarde.

D. Carlos.

Vamos.

Doña Tomasa.

¡Qué desdicha!

Colasa.

¡Señorito
de mi vida!

D. Fermin.

¡Qué quebranto!
¡En la cárcel un Peralta!
¡Ai, si mis antepasados
levantaran la cabeza,
no se armara mal fandango!

Scena vii.

D. SEVERO solo.

D. Severo.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
por mí? No se lo que fue;
mas desde que puse el pie
en esta maldita casa,
ni me conozco, ni puedo

hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
el fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
que fui yo quien ha reñido
con Carlos, estoi lucido;
y sino, ¿he de permitir
que él sufra en dura prision
mientras que alegre paseo?
es imposible, y yo creo
que fuera una vil accion
silencio tan criminal.
Asi romperlo sabré....
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
se logrará en realidad,
sin curar la enfermedad,
aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
que los riesgos se acrecientan,
y las dudas atormentan
mas mi pecho que la herida:
fuerza será que yo busque
mi remedio en un consejo,
antes de que vuelva el viejo
y su cólera me ofusque.
A Flora voi á buscar,
ella será mi doctor,
si un mal que ha causado amor,
amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

Scena primera.

DOÑA TOMASA Y D. SEVERO.

Doña Tomasa.

Señor vuestra desconfianza
al desaliento os entrega,
y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

D. Severo.

El es toda mi esperanza.

Doña Tomasa.

Pues bien, si confiais en él,
á su culto sed mas fiel,
y no ofendais su respeto.

D. Severo.

¿En qué?

Doña Tomasa.

En dudar de mi afeto;
que si yo no soi infiel
á la fe que prometida

os tengo, no sé lo que
podais temer.

D. Severo.

Yo lo sé.
Temo mi opinion perdida
y el grito de una ofendida
conciencia, temo tambien
el merecido desden
del anciano D. Fermin,
y temo á todos; que en fin,
teme bien quien no obra bien.

Doña Tomasa.

Nunca comprender pudiera
vuestro estraño sentimiento,
si una parábola ó cuento
su esplicacion no me diera.
Dicen, que allá en la Babiera
cierto *quidam* se encontró
un pendiente, y que le halló
tan fino, terso y brillante,
que desde luego diamante
y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero,
á quien lo quiso vender,
hizo pronto conocer
á este pobre caballero,
que su valor era cero;
y á pesar de su jactancia,
confesó al fin, que en sustancia

la joya tan ponderada
era (si vmd. no se enfada)
solo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera,
llora, se queja y maldice
hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera,
si la fortuna no hiciera
que á su lado reparó,
cuando menos lo pensó,
un pequeñuelo inocente
jugando con el pendiente
compañero del que halló.
¡Ola! dijo el aburrido,
este niño se complace,
y alegre se satisface
con un diamante fingido:
pues sino hubiera tenido
por fino, terso y brillante
á mi soñado diamante,
tambien con él jugaria:
luego la culpa fue mia,
y no del hado inconstante.

D. Severo.

¡Ai Flora! teneis razon:
ya conozco mi flaqueza.

Doña Tomasa.

Perdonad á mi franqueza
hija de mi estimacion.

D. Severo.

Agradezco la leccion,
que ingeniosa me habeis dado:
la violencia de mi estado
la debo á mi necio error,
pues quise darme un valor
demasiado exagerado.

Doña Tomasa.

¿Lo conôceis?

D. Severo.

Sí, señora.

Doña Tomasa.

Probadlo.

D. Severo.

Decid en qué?

Doña Tomasa.

Lo diré, y no tardaré;
pero no puede ser ahora.

D. Severo.

Entonces, amable Flora,
satisfáceros no puedo.

Doña Tomasa.

Tengo una especie de miedo...

D. Severo.

¿En qué fundais tal engaño?

Doña Tomasa.

En que á vuestro desengaño
todavia no concedo
toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

D. Severo.

Qué ¿ os vais?

Doña Tomasa.

Sí, que con vos
mas arriesgo que debiera.

D. Severo.

Señora, daros quisiera
esa prueba que pedis.

Doña Tomasa.

¿De buena fe lo decis?

D. Severo.

¿Lo dudais?

Doña Tomasa.

¡Ai D. Severo!
si el desengaño es sincero
mas sabreis que presumis.

Scena II.

D. SEVERO solo.

D. Severo.

Se va y me deja entregado
á la incertidumbre fiera,
sin que pueda mi cuidado
verse jamas aliviado
de un mal que le desespera.
¿Qué será lo que tendrá
que decirme esta muger?
ignoro lo que será;
mas si el tiempo lo dirá,
dejémosle, pues, correr.

Scena III.

COLASA y dicho.

Colasa.

¿D. Severo?

D. Severo.

¿Nicolasa?

Colasa.

Aunque vmd, siem pre está serio

conmigo, yo, sin embargo,
hace dos horas que espero
la ocasion de hablar á solas
con vmd.

D. Severo.

¡Ola! ¿En que puedo
yo servirte?

Colasa.

No, señor,
si la que puede aqui hacerlo
en favor de vmd. soi yo.

D. Severo.

¿En mi favor?

Colasa.

Si por cierto.
¿Estamos solos?

D. Severo.

¡Dios mio, *ap.*
volvemos á los misterios
y á los tapujos! Si estamos.

Colasa.

Pues sepa vmd. D. Severo,
que aunque parezco criada,
soi mas de lo que parezco;
pues soi el único archivo

donde todos los secretos
de los Peraltas se guardan;
soi ademas consejero
nato del padre, de la hija,
del hermano, de los deudos,
de los amigos de casa,
de los criados, y aun de aquellos
que llamamos conocidos,
porque conocemos menos.

D. Severo.

Pues, Colasa, en parangon
tuyo ¿qué hace ese consejo
de Navarra?

Colasa.

Yo no sé,
sino solo que no miento
ni exagero; y para prueba
de lo dicho, decir debo
á vmd. que tambien conozco
sus pesares y secretos.
Cabalito.

D. Severo.

¿Los conoces?

Colasa.

Sí, señor, ni mas ni menos:
sino, digalo el amor
á Doña Flora, los celos

de Carlos, el desafio,
luego la casa de juego,
la noche pasada en claro,
el natural sentimiento
por la prision del amigo,
los temores y recelos
de que se descubra el ajo,
y tambien ciertos enredos,
como mentiras, ficciones,
efugios y...

D. Severo.

Basta, veo
que estas al cabo de todo,
y no es necesario..

Colasa.

Bueno
era quitaros la duda,
por si acaso.

D. Severo.

No la tengo,
por cierto.

Colasa.

Pues bien, entonces
os diré, sin mas rodeos,
que una cierta inclinacion
simpática que os profeso...

D. Severo.

¡Calla! ¿Tambien se conoce
en aqueste triste pueblo
la simpatia?

Colasa.

Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
simpatiza con cualquiera.

D. Severo.

Pues, hija, bendiga el cielo
tales tiempos. Sigue, sigue.

Colasa.

Digo yo, que cierto afecto,
cuya causa desconozco,
aunque siento sus efectos,
me determina á serviros,
dandoos, señor, un consejo.

D. Severo.

Venga, pues aunque no sea
un gran partidario de ellos;
pues dados, son arriesgados,
y si se reciben, necios.

Colasa.

Mire vmd. lo que es el mio,
como conozco el terreno,



no haya miedo que nos dañe.

D. Severo.

Vaya, dilo.

Colasa.

Os aconsejo
que os quiteis la mascarilla.

D. Severo.

¡La mascarilla!

Colasa.

No veo
otro camino que pueda
salvaros.

D. Severo.

Ni yo comprendo
lo que me quereis decir
con eso.

Colasa.

¿No? pues mui presto
lo sabreis si me escuchais:
atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
que atosigan á los viejos,
el primero y principal
es la eleccion de los yernos.
Mi amo D. Fermin, no solo,

por su mal tuvo este empeño,
sino que quiso tambien
buscâr un yerno perfecto;
y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

D. Severo.

Cierto, y mui cierto.

Colasa.

Cuando al fin se decidió
por vmd, fue, por supuesto,
convencido de que habia
encontrado aquel modelo
de perfeccion que buscaba;
y ya vé vmd. si está lejos
de haberlo hallado: ¿no digo
bien?

D. Severo.

Mui bien.

Colasa.

Si sus defectos
de vmd, sus calaveradas,
y todos sus devaneos
se pudieran descubrir,
no hai duda que nuestro viejo
andana se llamaria.
Entonces vmd, perdiendo
el engañoso barniz

que ocultaba los remiendos,
se quedára tal cual es,
y tal cual son entre ciento
los noventa y nueve: entonces
libre del pasado empeño
pudiera vmd. contratar
con Flora otro empeño nuevo,
y casarse, y tener hijos,
y conseguir luego un...

D. Severo.

¡Fuego
con el consejo que das!
¿Y quieres tú que yo mesmo
diga y confiese...

Colasa.

¿Qué importa
que sea vmd. ó sea un tercero
en discordias, el que cuente
todo? Asi siempre es mui bueno
el tomar la delantera.

D. Severo.

Con todo, tengo recelo;
y despues el amor propio
padece mucho con estos
desenlaces.

Colasa.

¡Ai, señor,

el amor propio y los celos,
como á los paracaidas
los sostiene solo el viento.

D. Severo.

Sí; pero yo me conozco,
y aunque estuviera año y medio,
estoi seguro, Colasa,
que me faltara el aliento,
si tuviera que decir
cara á cara...

Colasa.

¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
yo me encargo.

D. Severo.

Ni por pienso,
no quiero que me descubras.

Colasa.

Vmd. lo que tiene es miedo,
y pues milagrosamente
nuestro enemigo tenemos
en campaña, verá vmd.
si merezco ó no merezco
la confianza general.

D. Severo.

Calla, por Dios.



SCENA IV.

D. FERMIN y dichos.

D. FERMIN.

D. Severo,
estoi contra vmd. lo mismo
que si ſuera ya su suegro.

D. SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

D. FERMIN.

Dígame vmd, ¿qué embelecos,
qué enredos, qué trapisondas
son estas? ¿por qué está preso
Carlos? ¿por qué la Florita
llora? ¿por qué está vmd. serio,
cabizbajo y taciturno?
Responda vmd.

D. SEVERO.

Yo me siento
algo malo, y á eso atribuyo
mi tristeza.

D. FERMIN.

¿Es del cerebro
el mal?

COLASA.

¡Jesus! no señor,
si es el mal del descontento,
dolencia, que solamente
suele cebarse en aquellos
que han estado mas robustos,
porque los encuentra menos
hechos á padecer.

D. FERMIN.

Díme,
Colasa, y qué sabes de eso?

COLASA.

Con que ¿no lo se? Pues vaya,
preguntadle á D. Severo,
sino es cierto que padece
una zozobra, un interno
disgusto, una comezon
á manera de recelos,
y sobre todo, señor,
un peso en la frente, un peso...

D. FERMIN.

Ese es mal de novios.

COLASA.

Suele
tambien muchas veces serlo:
pero aqui no es mal de novios,

que es solo...

D. Fermin.

¿Qué?

Colasa.

Descontento
de sí mismo, precision
de hablar con vmd, gran miedo
de que se enfade, y por fin,
indigestion de un secreto
que necesita salir,
y no puede.

D. Fermin.

¿Es esto cierto? *á Sev.*

D. Severo.

Nicolasa se chancea,
y su genio placentero
quiere sin duda á mi costa...

Colasa.

No, señor, no me chanzeo:
vmd. tiene un secretazo...

D. Severo.

Nicolasa...

Colasa.

Yo no entiendo

de señas: harto he callado,
y si ahora no hablo, reviento.

D. Severo.

Pues mejor será que yo
me retire. Hoi es correo,
precisamente dos cartas
tengo que escribir.

Colasa.

No quiero
que tales cartas se escriban
hasta salir del aprieto
consabido. Venga vmd.
acá, señor D. Severo,
y diga al que en infusion
está para ser su suegro,
cómo ha pasado la noche,
no en su cama, ni al sereno,
sino en casa de la Pepa
la muger del estanquero.

D. Fermin.

¿Fumando?

Colasa.

No tal, jugando
y perdiendo su dinero,
y aun el vuestro de Tafalla.

D. Fermin.

¿Y qué mas?

COLASA.

Que si fue al juego,
fue solo por disimulo;
pues estuvo antes riñendo
con Carlos.

D. FERMIN.

¡Con Carlos!

COLASA.

Sí,
por unos ciertos requiebros
dichos á Doña Florita.

D. FERMIN.

¡Qué! ¡Tambien esa!

COLASA.

Y no fueron,
por parte del señorito,
infundados estos celos,
que el señor gusta de Flora,
y Flora no gusta menos
del señor. ¡Ai!... Ya salimos
del apuro.

D. FERMIN.

¡Qué oigo, cielos!
Dígame vmd, señor mio,
si dar entera fe puedo

á lo que dice Colasa.

D. SEVERO.

Señor... hai ciertos momentos
en que...

D. FERMIN.

No quiero disculpas:
bien sé que no hai hombre cuerdo
á caballo, y por lo tanto,
sin dilacion ni rodeos,
solo exijo una respuesta
categórica.

D. SEVERO.

No encuentro
que decir.

D. FERMIN.

Vamos, ¿sí ó no?

D. SEVERO.

Pues, Señor, yo lo confieso:
es verdad cuanto ella dijo.

D. FERMIN.

¿Cierto?

D. SEVERO.

Cierto.

D. FERMIN.

Eso supuesto,

dáme los brazos, y aprieta,
que estoi loco de contento.

D. Severo.

¿Qué es esto?

D. Fermin.

Válgame Dios,
qué fortuna!

D. Severo.

¿Estoi durmiendo?

D. Fermin.

¿Un yerno amable, sensible,
y enamorado en extremo;
un yerno pundonoroso
y nada cobarde; un yerno
amigo de diversiones,
de trasnoches y de juegos?
¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
teniendo un yerno perfecto,
ser mártir de su virtud,
hallarme uno, de quien puedo
murmurar, quien sabrá darme
á cada instante pretestos
para reñirle, y quejarme
á los vecinos y deudos?
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora si que seré suegro
en forma, sin menoscabo

de mi clase y privilegios.
Mas ¿qué es lo que me detiene?
¿por qué no marcho corriendo
á buscar un escribano
y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Qué los case! ¿Quién con quién?

D. FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:
¡ buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

D. FERMIN.

Que se vaya á los infiernos.
A Dios, á Dios, yerno mio,
ten paciencia, pronto vuelvo.

D. SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,
escuchadme.

D. FERMIN.

Ya no hai tiempo;
pero cuando estes casado
te escucharé como un muerto.

SCENA V.

D. SEVERO Y COLASA.

D. SEVERO.

Ahora bien, Colasa,
¿qué podras decir
de tal aventura?

COLASA.

Callar y reir.

D. SEVERO.

¿Reir?

COLASA.

Sí por cierto.

D. SEVERO.

¿Te burlas de mí?

COLASA.

No tal; pero ¿cómo
podré resistir
el flujo de risa
cuando D Fermin
en vez de enfadarse,
te casa?

D. SEVERO.

Y por tí,

por tí solo ha sido.

COLASA.

¿Y quién presumir
pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿os casais?

D. SEVERO.

¿Y cómo
lo puedo eludir?

COLASA.

Pronunciando un *no*
en lugar de un *sí*.

D. SEVERO.

¡Qué estraño suceso!

COLASA.

De un viejo mastin
es el tragadero
puerta de toril.

D. SEVERO.

Colasa ¿qué haremos?

COLASA.

Fuerza es discurrir
un medio.

D. Severo.

¿Y qué medio?

Colasa.

¿Quereis por san Gil,
que os dé otro consejo?

D. Severo.

Vaya por Dios. Di.

Colasa.

Quién es tan cobarde
que teme sufrir,
no busque en los otros
lo que no halla en sí;
que el valor ageno
no puede servir
en daño tan propio
como el suyo; asi
sufra su quebranto
ó aprenda á vivir.

Scena vi.

DONA TOMASA y dichos.

Doña Tomasa.

Severo, Colasa,
¡ai triste de mí!

perdidos estamos.

D. SEVERO.

¿Qué sucede? di.

COLASA.

¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA.

¡Ai, que entrar yo vi
al señor D. Pedro!

COLASA.

¿Solo?

DOÑA TOMASA.

Un ministril
enjambre le sigue,
y vienen por tí,
sin duda, Severo.

D. SEVERO.

Dejadlos subir,
que nunca he temido
la cárcel por sí,
sino porque pude
antes delinquir.

SCENA VII.

D. PEDRO y dichos.

D. PEDRO.

Señor D. Severo,
¿prometeis decir
verdad?

D. SEVERO.

Jamas supe
qué cosa es mentir.

D. PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos
hubo de reñir
ayer por la noche?

D. SEVERO.

Sí, señor, yo fui.

D. PEDRO.

¿Qué puede escusaros?

D. SEVERO.

Ser hombre, y que en mí
se hallen las flaquezas
que en los otros vi.

D. PEDRO.

Pues debo prenderos.

D. Severo.

Prended y cumplid
como juez, que yo
como hombre cumplí.

D. Pedro.

Alguaciles, ola,
al punto venid.

Scena ultima.

D. FERMIN, D. CARLOS y dichos

D. Carlos.

Aqui está un cuñado.

D. Fermin.

Y un suegro está aqui.

Colasa.

Dos son solo, y sobra
mas de un alguacil
para sujetar
aunque fuera al Cid.

D. Severo.

Pero señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Carlos puesto en libertad

tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afan!
¿No se me quiere decir
de donde pudo venir
tanta dicha?... y ¿donde estan
los alguaciles, que preso
debieron ponerme ahora?
Dilo, Carlos; hablad, Flora,
ó ¿quereis que pierda el seso?
De una duda tan cruel
evitadme los temores.

D. Fermin.

Y ¿quien le pone, señores,
á este gato el cascabel?
¿quien le dice la verdad?

D. Pedro.

A vos os toca.

D. Fermin.

A mí no.

D. Carlos.

Yo no lo digo.

Colasa.

Ni yo.

D. Fermin.

D. Pedro hablad.

D. Carlos.

Padre hablad.

D. Fermin.

Habla tú.

D. Carlos.

¿Quién esto vió?
los hijos deben callar.

D. Severo.

Con qué ¿nadie quiere hablar?

Doña Tomasa.

Sino quieren lo haré yo.
Ignoro si me asegura
mi sexo la impunidad;
pero sabed la verdad
aunque arriesgue mi ventura.
Señor D. Severo, si
de alguno os podeis quejar,
no teneis que titubear,
pues debe de ser de mi.
Y en prueba, deciros quiero,
aunque á Flora hayais querido,
que Flora es nombre fingido,
y Tomasa el verdadero.

D. Severo.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA.

Sí señor, de mala gana.

D. SEVERO.

¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA.

No tiene otra hermana en casa.

D. SEVERO.

Luego ha sido fingimiento
su pasion, vuestro desvio,
sus celos y el desafio.

DOÑA TOMASA.

No hai duda: todo fue cuento.

D. SEVERO.

¿Y qué causa provocó
tal enredo?

DOÑA TOMASA.

Vuestra fama.

D. SEVERO.

¿Mi fama?

DOÑA TOMASA.

Sí, que una dama
siempre un marido temió

con la rara cualidad
de perfecto en demasia,
que un necio solo confia
en la agena necedad.

D. Severo.

Luego quisisteis que yo
desatinos cometiera.

Doña Tomasa.

Y quisimos bien, pues era
el camino que se halló
para haceros conocer
el valor de la indulgencia.

D. Severo.

¡Tan bella y con tal prudencia!

Doña Tomasa.

Siempre es bueno preveer.

D. Severo.

La leccion es harto dura.

Doña Tomasa.

¿Cuándo es blanda una leccion?

D. Severo.

¿Quién á tal conjuracion
resistiera? la hermosura,
la amistad y la experiencia

se reunieron en mi daño;
por lo mismo no es estraño
sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA.

Aquestas conjuraciones
solo os pueden enseñar:
temed las que han de formar
mui pronto vuestras pasiones.
Estas son, sin duda alguna,
las que mas debeis temer,
y si las lograis vencer,
bendecid vuestra fortuna;
sin que por eso, señor,
insulteis al que es vencido,
pues el hubiera querido
ser, como vos, vencedor.

D. SEVERO.

Conozco, Señora mia,
vuestra razon, y la aprecio
de tal modo, que en desprecio
de mi orgullo, quiero un dia
ser de todos conocido
por tolerante y prudente,
que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA.

¿De veras?

D. SEVERO.

Nunca he mentido.

DOÑA TOMASA.

Entonces esta es mi mano,
si es que mi padre lo aprueba.

D. FERMIN.

Dios os bendiga y os llueva
mas hijos que en el verano
hai chinches. Pero, Severo,
no olvides esta leccion,
que siempre los buenos son
á perdonar los primeros.

D. SEVERO.

¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, Señor, que demencia!
y en prueba de mi indulgencia
obtendreis vuestro perdon.

D. FERMIN.

¿Qué dices? ¡oh que delirio!
¡perdon yo! ¿de qué ó por qué?

D. SEVERO.

Porque vuestra casa fue
donde he sufrido el martirio
de una burla asaz pesada,
siendo los actores de ella
un anciano, una doncella
con insulas de casada,
un juez, y en fin, un amigo

á quien conocí en su infanci.
confesad, pues, que en sustancia
os excedisteis conmigo;
y pues por distintos modos
todos, D. Fermin, lo erramos,
bueno será que pidamos
INDULGENCIA PARA TODOS.

---

blica, Estadística). – PIRALA, ANTONIO (*Historia de España*
mica y vidriería españolas). – RÍOS, RODRIGO AMADOR DE
ÁNGEL (*Biografía extranjera*). – SAAVEDRA, EDUARDO (*Ar*
– SÁNCHEZ PÉREZ, ANTONIO (*Biografía española, Biogr*
Gramática, Música). – VERA Y LÓPEZ, JAIME (*Ciencias mé*
(*Filología, Lingüística*). – VILANOVA Y PIERA, JUAN (*Preh*

EDICIÓN PR

con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y
y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recient
más se han distinguido en todos los ramos del saber hum
y demás obras de arte más célebres de todas las épocas;

CUADERN

MONTANE

CALLE

